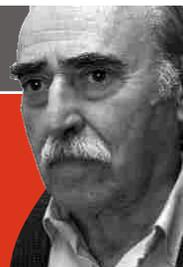


ESCRITOS DE HORACIO LAGAR



venezuela

opiniónsocialista

opinionsocialista@yahoo.com.ar

agosto 2007

precio \$5

Qué hacer ante Chavez?

MONTADO EN EL DESCONTENTO SOCIAL QUE RECORRE LATINOAMÉRICA,
HUGO CHÁVEZ SE HA TRANSFORMADO EN EL NUEVO LÍDER POPULISTA .
PREGONA UN SOCIALISMO CON PROPIEDAD PRIVADA Y DEFIENDE
A GOBIERNOS COMO EL DE NÉSTOR KIRCHNER. ¿QUÉ HAY DETRÁS
DE ESE POPULISMO Y POR QUÉ TIENE ENCONTRONAZOS
CON EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO?





Presentación

PAGINA 5

Una utopía reaccionaria

PAGINA 7

Chávez entendió la señal

PAGINA 17

Los nuevos líderes populistas

PAGINA 19

Chávez, entre la revolución y el golpe imperialista

PAGINA 23

Los movimientos nacionalistas y el trotskismo

PAGINA 29

Chávez contra la democracia socialista

PAGINA 41

La izquierda ante el partido único chavista

PAGINA 47

PRESENTACIÓN

El material que presentamos a continuación está compuesto por artículos periodísticos, minutas internas y colaboraciones especiales del compañero Horacio Lagar, miembro de Opinión Socialista. La importancia del tema tratado justifica el esfuerzo de someterlo a la consideración de los trabajadores concientes y del resto de la izquierda revolucionaria, porque el proceso social que recorre gran parte del continente americano, especialmente a partir de la eclosión del llamado Movimiento Bolivariano de Hugo Chávez en Venezuela, vuelve a replantear en el siglo XXI el problema que debió afrontar en el pasado siglo XX nuestra corriente revolucionaria: **definir una conducta política ante los movimientos de carácter *nacionalista*.**

Las diversas organizaciones del movimiento trotskista mundial adoptaron posiciones distintas ante semejante desafío. Las mismas quedaron registradas en una abundante bibliografía a la que remitimos al lector, imposibilitados ahora de analizarla en particular. Gran parte de esa bibliografía denunciaba la impotencia y el fracaso de los movimientos *nacionalistas burgueses*, o los llamados *Frentes Populares*, que se ofrecieron a las masas como alternativa revolucionaria para enfrentar al imperialismo, aprovechándose de que estas carecían de una dirección política propia o, simplemente, por la traición de sus dirigentes.

Las nuevas condiciones impuestas por el imperialismo a los pueblos y a las burguesías nacionales en la fase llamada de *globalización*, han vuelto a desatar la rebeldía de sectores sociales no específicamente revolucionarios, al menos en el clásico sentido marxista de la palabra, pero sensibles a ciertas formas de opresión y sometimiento. Por eso, el siglo XXI presencia con inquietud, curiosidad y cierta esperanza, diversos tipos de insurgencia social, militar, nacionalista o indígena, cuyas características y limitaciones es necesario puntualizar para adoptar una conducta clara desde el movimiento revolucionario.

Lo común de todos estos movimientos contestatarios es que no están liderados por el proletariado organizado en un partido revolucionario, como si ese proletariado hubiera dejado de existir o, por simple razones de supervivencia, se sumara esperanzado a liderazgos personales ajenos, por fuera de su acción y estrategia como clase social autónoma e independiente.

La concepción tradicional de la corriente política a la cual pertenecemos, nos indica la necesidad de ratificar en todos sus términos y más allá de los indudables cambios operados en la sociedad, el todavía rol protagónico y dirigente del proletariado organizado en partido revolucionario, porque solo él es capaz de cumplir con todas las tareas postergadas de la liberación nacional y social.

La realidad latinoamericana somete hoy a la prueba de los hechos, de manera concreta, la veracidad o no de semejante premisa del marxismo, una premisa que solo el trotskismo ortodoxo mantiene. Por eso, nos sumamos fraternalmente al diálogo que reclama la actual situación, aportando nuestra propia visión del drama y sus posibles resoluciones.

Opinión Socialista

15 de Agosto, 2007



ABRIL, 2004

Chávez y Kirchner, dos líderes del nuevo populismo.

Tanto en Venezuela como en la Argentina, ambos gobiernos burgueses prometen mejoras, pero sin cuestionar la propiedad privada de la gran burguesía.

Una utopía reaccionaria

El candidato Kirchner se ha transformado, por descarte electoral, en Presidente de una Argentina anarquizada y en descomposición. Para sostenerse en el Poder, recurrió a la ya conocida utopía reaccionaria de promover un capitalismo sano y progresista, apoyando a la *burguesía nacional*, presentada como garantía de la independencia y la soberanía del país. Con esta bandera, se suma a la demagogia de los restantes líderes latinoamericanos, cuyas burguesías acorraladas, impotentes y serviles, buscan

hacerse sustentables ante el imperialismo, engañando de paso a las masas con utopías reaccionarias.

La muletilla del Presidente argentino es pura demagogia. Sin embargo, con ella logra cierto impacto en sectores de la pequeña burguesía y entre los trabajadores mejor acomodados. Ambas clases, golpeadas y frustradas durante la crisis de 2001, aún conservan ilusiones nacionalistas y de progreso, aunque temerosas de caerse de la pirámide social y pasar a engrosar las filas de los marginados. En la Argentina actual, la pequeña burguesía, junto con la aristocracia obrera y los empresarios pequeños y medianos, son la base social de los proyectos de la gran burguesía para desviar el creciente descontento de las capas sociales más empobrecidas.

En el resto del continente, desde Venezuela a Bolivia, pasando por Ecuador, los líderes y gobiernos populistas tratan de ilusionar a las masas con el mismo proyecto. Se trata de una utopía objetivamente reaccionaria, alimentada subjetivamente por la demagogia de gobiernos surgidos de la propia crisis de la burguesía.

Sin otra perspectiva, tratan de resucitar el programa que usaron los políticos de la burguesía en fases anteriores de la decadencia del capitalismo, toda vez que, para escapar de las crisis recurrentes, agitaron las banderas de la liberación nacional. El propósito siempre fue distraer a las masas insurreccionadas de sus objetivos de clase, es decir, cambiar algunas cosas para mantener al frente del Estado a la clase burguesa. Como dirían sus políticos, "armonizar al Capital con el Trabajo", asegurando la "justicia social para todos" y "hambre cero".



Ahora, en medio del derrumbe del modelo *neo-liberal*, los demagogos del subcontinente intentan un nuevo salvataje del capitalismo colonial, cambiándole de collar al mismo perro. En vez del desprestigiado *modelo*, proponen una *burguesía nacional* progresista. Esa es la "solución" que se viene promoviendo desde Venezuela a la Argentina, a través del eje o Frente de la Esperanza, que tratan de formar Chávez, Morales y Kirchner con el apoyo de Fidel Castro y algunos otros voluntarios de segunda o tercera velocidad, como llamarían en la Europa de Maastricht⁽¹⁾ a los países menos desarrollados. Semejante *programa de liberación* no tiene nada de novedoso, aunque los líderes descafeinados del nacionalismo burgués actual recurran a él porque no encuentran otro cuento más apropiado para apaciguar los conflictos que

provoca la *recolonización imperialista*⁽²⁾, y que hacen peligrar su status social como administradores del sistema.

Por eso terminan haciendo *buena letra* ante las grandes potencias y tratan de ganar credibilidad con el fin de controlar a las masas, aunque no sea más que con gestos demagógicos y piroetas diplomáticas.

Soberanía e independencia

Según lo demostró la historia del siglo XX, la vocación más acendrada de las burguesías nacionales de la etapa imperialista no es la de crear sus propios Estados soberanos e independientes, para garantizar los derechos del pueblo, sino la de enriquecerse utilizando todos los medios a su alcance, que no son precisamente los de aumentar la producción.

Por eso, sus políticos se hacen expertos en negociar empréstitos con la Banca internacional y cobrar comisiones, sin contar con el tradicional método de las oligarquías latinoamericanas de adueñarse de la tierra pública arrebatada a los aborígenes.

Estas burguesías, supuestamente progresistas, han hecho de la coima y el cohecho una institución nacional, el equivalente de los viejos títulos de

nobleza que otorgaba la Corona en la etapa de la primera colonización. Todos fueron *recursos patrióticos* que se justificaban por el propósito de engrandecer a la Nación. No es casual que la clase dirigente siga reivindicando como una cuestión de honor el pago de los compromisos contraídos con los especuladores internacionales.

Para aquella oligarquía fundadora y sus herederos actuales, el progreso nacional, sigue midiéndose por su progreso individual, o sea, el aumento de las propiedades familiares, que agregan leguas a sus campos y patacones a sus cuentas bancarias en el exterior.

Para demostrar su vigencia, ahí están todavía los nombres de muchas prestigiosas firmas industriales, comerciales y bancarias que quedaron estampados en calles y monumentos en todos los Estados de América Latina, como si fuera una marca de fábrica del subdesarrollo capitalista, para hacer perdurable la miseria de sus habitantes.

Es que desde su nacimiento comprendieron la conveniencia de asociarse al capitalismo europeo, que tenía puestos los ojos en el nuevo mundo, como ahora lo tienen los especuladores de la banca internacional sobre los países subdesarrollados.

La deformación económica, social y política que desde sus comienzos vienen arrastrando los países del subcontinente

(1) **Maastricht.** Tratado firmado por países europeos, en 1993, para facilitar su unificación debido a los diferentes niveles de desarrollo entre ellos.

(2) **Recolonización imperialista.** Designamos así al conjunto de cambios económicos, políticos y culturales posteriores a la segunda Guerra Mundial que profundizaron la dominación imperialista sobre los

te, testimonia el rol falsamente progresivo de las burguesías nacionales.

Pero en Argentina, como en Brasil y en Venezuela, no se privaron de comparar los paquetes accionarios y sus jugosos dividendos con los magnates del capital financiero internacional.

Tal es la base material que los compromete con el Fondo Monetario Internacional, y del declamado nacionalismo retórico de Kirchner, Chávez y Morales. Sus programas de gobierno para salir del subdesarrollo consisten en explotar más a sus pueblos para seguir pagando a los organismos financieros internacionales. Se trata de un nacionalismo fuera de época, que ni siquiera se parece a aquel viejo nacionalismo de principios del siglo pasado que produjo en América Latina luchadores y figuras memorables como Albizu Campos, Sandino, Zapata, y otros que enfrentaron a gobiernos cipayos. Estos tardíos nacionalistas de la *globalización* repiten como comedia lo que alguna vez fue la tragedia de la ofensiva imperialista.

El aumento de la producción y el consumo

La verborragia populista de los políticos que administran actualmente la decadencia burguesa, se asienta en planes de gobierno destinados a aumentar la producción y el consumo. Pretenden, de este modo, crear un círculo virtuoso de prosperidad y paz social.

En la Argentina, ésta es la propuesta lanzada al "mercado de la política" por los burócratas sindicales de la CTA (Central de Trabajadores Argentinos) y

los economistas adscriptos al proyecto de la diputada Elisa Carrió, entre otros inspiradores de los llamados "movimientos contra la pobreza".

El razonamiento es de una lógica elemental, tan redonda como un anillo. Si se consume más -dicen- se estimula la producción, y la mayor producción abarata los precios, y los precios bajos facilitan el consumo... y todos somos felices.

Los autores de esta teoría merecerían un nuevo premio Nobel, como el otorgado al famoso Keynes⁽³⁾ cuando sentenciaba que la solución a la crisis del capitalismo consistía en "...*abrir un gran hoyo, y de ese modo, dar lugar a nuevas inversiones para volver a taparlo...*", aunque ese hoyo significase la sepultura de millones de seres humanos a través de guerras o hambrunas.

Para los salvadores actuales del capitalismo, el *hoyo* es la destrucción del aparato productivo y las fuentes de trabajo, la desocupación, la supresión de la legislación laboral y la asistencia previsional, la salud, la educación y la seguridad. Los ejemplos de reconversión y modernización empresaria para disminuir costos y aumentar la productividad sobran en Latinoamérica y se registran a diario en las páginas del periodismo, tanto en la vieja como en la reciente historia de las burguesías americanas. Con esos ejemplos queda demostrado el afán "industrialista" de las burguesías nacionales y su rol negativo como factor de progreso, ya que lejos de favorecer políticas sociales favorables a sus pueblos, aumentan la dependencia técnica y financiera al imperialismo.

Es cierto que los cambios producidos por el proceso de la recolonización alteraron muchas formas de actuar de

esas burguesías frente al imperialismo. Pero a pesar de todos los cambios, la naturaleza de clase termina siempre por imponerse definiendo la conducta política en función de la ganancia privada. Así lo demuestra la experiencia argentina, tanto como en Venezuela, el Caribe y Brasil, donde estos burgueses nacionales operan como cabeceras de puente de la recolonización imperialista a través de la moderna ingeniería financiera del capitalismo que inventó patrañas tales como la *tercerización*, y otras maniobras de carácter jurídico.

Con más o menos "*olor a bosta*"⁽⁴⁾, a guano, a café, a bananas o a petróleo, y con modernas técnicas de explotación, estos administradores nacionales del orden establecido por el imperialismo, siguen siendo funcionales a los objetivos de la recolonización. Mandatarios y mandantes de este falso nacionalismo burgués constituyen, por ello, el mayor obstáculo político para cualquier proyecto nacional de independencia y soberanía. Por eso hoy, más que ayer, es necesario desenmascarar el fraude que conlleva el rótulo de *capitales nacionales* con que se disfraza al inversionista extranjero, haciendo imposible determinar la nacionalidad de una empresa. Su nacionalidad es siempre la que más le conviene para satisfacer su apetito de ganancia, que como diría Marx, "*no conoce la sensación del hartazgo*".

Por eso se aprovechan de la economía globalizada y sus leyes para practicar

todo tipo de fraudes impositivos y laborales mediante la evasión, las filiales y subsidiarias, y normas de competencia que se reducen a una simple puja entre *lobbyistas* en el terreno de la corrupción.

La única competencia real se establece en torno a la obtención del mayor amparo político y jurídico de los gobiernos cipayos, con el fin de explotar más a los trabajadores.

Este es el rasgo común que identifica a todos los países de América Latina, desde los más avanzados a los más atrasados, desmintiendo a los teóricos y publicistas del "progresismo" que difunden la falsa idea de que la industrialización, por sí misma, libera a los países del dominio imperialista.

El doble carácter de la industrialización

Así como la teoría *neo-liberal* nació de necesidades del sistema capitalista para resolver las contradicciones de su decadencia, también las teorías sobre la industrialización surgieron para responder a circunstancias impuestas por la realidad mundial.

El reacomodamiento internacional producido por la II Guerra trastornó los eslabones de la cadena imperialista, haciéndolos más débiles. Lo cual obligó a ciertas burguesías nacionales a

(3) **Keynes, John Maynard.** Economista inglés que ganó un premio Nobel por sus aportes a la economía capitalista, propiciando la intervención del Estado con el fin de reactivar la economía en crisis.

(4) "**Olor a bosta**". Frase acuñada por Sarmiento para referirse a la oligarquía terrateniente argentina.

establecer nuevas relaciones de producción y de comercio con los países adelantados, ya que no podían sobrevivir por sí mismos en condiciones de mayor aislamiento.

Contrariando el método de análisis de los economistas de la burguesía, hay que afirmar que esos procesos no pueden entenderse al margen de sus contenidos sociales, es decir, sin tomar en cuenta los intereses de las clases que están involucrados en él. Al respecto, debe destacarse que el proteccionismo en favor de la industrialización impulsado en los principales países atrasados, así como las demás medidas arancelarias y aduaneras, tuvo su explicación en el interés por la ganancia de cada uno de los sectores de la burguesía, en la mayoría de los casos enfrentados entre sí para imponer sus intereses sectoriales. Así fructificaron, por un lado, las llamadas industrias sustitutivas de importaciones, y por el otro, se hizo más sólida la dependencia con las grandes potencias, puesto que ellas seguían teniendo el control financiero, técnico y distributivo para dictar normas al desarrollo de los países emergentes, quedando de este modo más supeditados a la disponibilidad de capitales, tecnología moderna e insumos críticos en manos de las potencias imperialistas.

En varios países de América Latina esa industrialización cobró notable impulso a partir de la crisis del 29, y más pronunciadamente durante la Guerra y Post Guerra, siendo la Argentina un caso emblemático en tiempos de la oligarquía Conservadora primero, y de Perón seguidamente.

Aunque lesione el orgullo nacionalista de los economistas de la burguesía, hay que señalar que esa industrialización

no respondió a objetivos de "liberación nacional", sino a la necesidad coyuntural de sobrevivir como clase privilegiada contrapesando los efectos ocasionados por la interrupción del comercio con Europa, sobre todo en cuanto a la colocación de la producción agraria, cuya paralización significaba un duro golpe para la oligarquía criolla.

Para algunos países, como Argentina, esta situación se agravaba por la falta de complementación económica y comercial con EE.UU., con el consiguiente desequilibrio en el flujo de divisas. En líneas generales, ésta es la razón de los proyectos industrialistas, y no la vocación de progreso de las burguesías nacionales, preocupadas por satisfacer las necesidades más primarias de los consumidores.

Por esa razón, y paradójicamente, no fueron los industriales "progresistas" sino los más reaccionarios terratenientes de la oligarquía, los que se volcaron a la industria y exigieron para ella medidas proteccionistas.

Con ese fin, impusieron aranceles preferenciales a quienes compraran el trigo y la carne u otras materias primas de exportación. Era el mecanismo requerido para que la clase retardataria y parasitaria por excelencia, continuara embolsando la renta del campo mantenido por ellos en condiciones de atraso, falta de inversión tecnológica y mano de obra, dando lugar al conocido fenómeno de la despoblación rural.

Fue de esta manera que el parasitismo de la oligarquía se reconvirtió para dar lugar a nuevas fuentes de inversión y ganancia. Por esa vía, también se hizo posible el ingreso de capitales europeos en varios países, entre ellos Brasil, a costa, naturalmente, de aumentar sus

contradicciones internas, así como el desarrollo desigual y anárquico de su economía. No es casual que los principales consorcios capitalistas que controlaron esa industrialización nacieran asociados con el nombre de conocidos oligarcas de la propiedad territorial, mostrando la falacia tejida en torno a los pretendidos antagonismos entre la burguesía industrial y la vieja oligarquía que *olía a bosta* o a *café*. Lejos de semejante antagonismo, empezaron a compartir juntos los beneficios de la inserción nacional en las nuevas condiciones de "industrialización", generadas por la reconversión de la economía capitalista bajo la hegemonía del imperialismo.

Esa sigue siendo la razón estructural que explica el drama de Chávez y de su utopía bolivariana, así como de la rápida adaptación de Lula a la convivencia con el FMI, y también la demagogia de Kirchner, porque los proyectos de industrialización resultan hoy mucho más precarios y condicionados, dado que se inscriben en el marco decadente de la globalización capitalista, en el que las burguesías nacionales, acorraladas, no encuentran otra salida que la concertación y el acuerdo en condiciones de mayor dependencia.

Es por eso que los gobiernos de las burguesías nacionales expresan mucho más miedo por los movimientos de las masas empobrecidas que por las imposiciones del imperialismo, no escatimando partidas presupuestarias para aumentar el aparato represivo, ni gestos políticos para desviar el descontento social.

Pero el actual nacionalismo, senil y tardío, no deja por ello de aprovecharse de circunstancias coyunturales para

hacer demagogia, como ocurre ahora con la imposibilidad de juntar todo el dinero que el FMI requiere para pagar en término los vencimientos de la Deuda Externa.

Industrialización y soberanía?

Los proyectos de industrialización como sinónimos de soberanía, levantados por los gobiernos burgueses en los países semi-coloniales, obedecen a situaciones coyunturales, son precarios y especialmente falsos, pese a todos los "gestos" en contrario.

Desde Chávez, pasando por Lula (que ya opera de manera más desembozada para las multinacionales) hasta Kirchner, todos los proyectos liberadores y reformistas de mejoramiento del capitalismo recolonizado, tienen por objetivo ofrecer al imperialismo una alternativa negociable de gobiernos autónomos sustentables, como mal menor ante la alternativa de cambios radicales que, espontánea o inconscientemente, pudieran imponer los movimientos de resistencia de las masas. Esa es también la clave de las promesas sobre "hambre cero", "trabajo para todos" y "Reforma Agraria", que tantas veces fueron formuladas por los políticos de las burguesías latinoamericanas.

En Venezuela, la oposición burguesa se levantó contra Chávez a causa de su tímida reforma agraria, que pretendía calmar el descontento social, dando a los campesinos sin tierra sólo una pequeñísima parte de los inmensos latifundios improductivos monopolizados por una minoría de familias terratenientes.

En Bolivia, el minifundio improductivo legislado por el nacionalista Ñuflo Chávez en tiempos del MNR, que había originado una economía de "pan llevar", dio lugar al actual latifundio por el camino de las ejecuciones hipotecarias y la consiguiente monopolización de las mejores tierras cultivables.

Un caso parecido fue el de Perú, cuando los militares nacionalistas comprendieron la necesidad de hacer algo para calmar la sindicalización campesina acaudillada por Hugo Blanco⁽⁵⁾.

En Brasil, asistimos a movimientos reivindicativos de los campesinos *sin tierra* que chocan, legal y militarmente, no sólo con los representantes de la burguesía nacional, sino también con sus voceros de la burocracia sindical, ahora en el Gobierno.

Solamente en la Cuba revolucionaria de Fidel y el Che, la tierra dejó de *repartirse en cucharita* y pasó a ser un fundamental elemento productivo. Pero eso pudo ocurrir en el marco de una expropiación de conjunto de la burguesía.

Por eso se hace cada vez más necesario caracterizar correctamente el nacionalismo actual de las burguesías semi-coloniales, para que los nuevos luchadores del campo y la ciudad no se confundan y sigan otorgando su confianza a los políticos de la burguesía oportunista y a los burócratas del populismo, creyendo que son antiimperialistas consecuentes, capaces de desarrollar la economía en un sentido progresista.

Hoy, eso sólo lo puede hacer el proletariado, por ser la única clase social objetivamente libre de las ataduras de la propiedad y que no persigue la ganancia capitalista.

Sin embargo, denunciar el carácter entreguista de las burguesías nacionales no debe llevar al desconocimiento de los roces circunstanciales que esas cobardes burguesías puedan tener con el imperialismo. En este caso, la *unidad* del frente contrarrevolucionario, que los ubica programáticamente junto al imperialismo en la explotación de la clase trabajadora, no implica negar las *contradicciones* que surgen entre ambos por la manera de operar. Por el contrario, ayuda a comprender la identidad política que finalmente los une por encima de las diferencias y circunstanciales enfrentamientos.

Es a través de los mismos que se profundiza y expresa la crisis de la reacción mundial, generando la confusión en muchos analistas, víctimas del impresionismo periodístico. Contra ese impresionismo se hace necesario recurrir al análisis marxista, tomando en cuenta esas contradicciones para no caer en simplificaciones sectarias, como así tampoco en la capitulación y el seguidismo político, presentando a los cómplices de ese frente como consecuentes y progresistas.

El supuesto rol progresivo de la burguesía colonial y dependiente quedó sepultado bajo la dinámica de su propio desarrollo, al igual que el de las burguesías metropolitanas una vez que desalojaron del Poder a las viejas clases

(5) Hugo Blanco. Líder de la rebelión indígena ocurrida en el Cuzco, Perú, a inicios de los años `60

feudales, y de su propia entraña surgió un proletariado al que era necesario controlar. Desde entonces, sus banderas fueron las de la reacción, y sus Estados, gobiernos, instituciones y fronteras nacionales, sólo estuvieron al servicio de la clase dirigente para la apropiación de la producción y la circulación de lo producido, perdiendo en ese mismo camino su propio carácter nacional.

Hoy, en cuanto detentadora del capital, no tiene nacionalidad, o peor aún, adopta todas las nacionalidades que le provean seguridad y mejores posibilidades de inversión. Por eso, sus gobiernos respetan tanto y no expropián a los grandes latifundistas del campo ni a los banqueros de la ciudad, que como modernos señores feudales condicionan el atraso productivo del país.

Por el mismo motivo, tampoco se enfrenta -como en sus orígenes- con el inmenso poder económico y las prerrogativas de la Iglesia, que se mantiene como una rémora, pesando sobre el conjunto de la sociedad. Lejos de ello, los "progresistas" de hoy preservan sus privilegios, como lo prueba el reciente Presupuesto enviado al Congreso por el Presidente Kirchner, en el cual se aumentan los sueldos de Obispos, las subvenciones y privilegios de todo tipo para la Jerarquía Eclesiástica y el mantenimiento del culto.

Esta es la hoja de ruta y el destino de la burguesía que, desde que comenzó a formarse en el taller del artesano, pasó por la manufactura y llegó al monopolio de las grandes acerías y multinacionales de la informática.

Hoy, en la época de la decadencia imperialista, aquellos pasos iniciales se han vuelto irrepetibles. Al burgués *emprendedor*, ya no le es posible saltar

del pequeño horno familiar de Krupp a la gran empresa productora de acero. Las imposiciones de la acumulación capitalista regida por la *Ley del desarrollo desigual y combinado* no se lo permiten.

Hoy, los émulos de los Krupps y de los Rockefeller, para no perder el espacio conquistado, necesitan especular con bonos de la Deuda Externa y encadenarse a los grandes monopolios ya instalados, destruyendo sin misericordia los proyectos de las Pymes y las utopías de la pequeña burguesía.

Esa es la cruda realidad de la economía capitalista, que hace que el limitado crecimiento industrial de un país semi-colonial, lejos de liberar, aumente más la dependencia y cree nuevos vínculos de sometimiento con los países desarrollados, porque son éstos los que monopolizan el capital disponible y, sobre todo, la tecnología, para hacer rentable la producción.

Esta regla básica de la economía es la que experimenta a diario cualquier empresario argentino, brasilero, venezolano o boliviano que haya tenido la audacia de instalar una moderna máquina en su establecimiento industrial con el fin de producir más y a menor costo. Con pesar, constata que reemplazar una pieza deteriorada de esa máquina o cambiarla por otra más moderna, le será antieconómico, resignándose, en muchos casos, a sobrevivir atando la máquina con alambre, como se hacía en la post Guerra bajo las condiciones del sub-desarrollo y la sustitución de importaciones.

Modelo neo-liberal y Capitalismo

Una profunda razón de clase ha hecho que amplios sectores empobrecidos de la sociedad se sumaran a la izquierda combativa para enfrentar el azote social que significó el llamado *modelo neo-liberal*.

Semejante unidad de acción, indudablemente necesaria para enfrentarlo, esconde dos concepciones antagónicas, con consecuencias políticas cada vez más evidentes.

De un lado están quienes critican el *modelo* por sus consecuencias y únicamente ven en él una desviación negativa o una forma aberrante de manejar la economía, debida a la incapacidad o malas intenciones de políticos irresponsables o corruptos. Piensan que la solución consistiría, entonces, en cambiar esos políticos por otros con mejores intenciones, más capacidad de administración y más honradez.

Contra esa concepción, a la que lamentablemente contribuyen con su propaganda varias organizaciones de la izquierda que focalizaron la lucha contra el *modelo* y no contra el sistema, es necesario decirle al activismo espontáneo y combativo que se moviliza, que ese modelo no es más que la forma salvaje adoptada coyunturalmente por la economía capitalista mundial para sobrevivir a su decadencia y extraer ganancia, defendiéndose de la creciente resistencia de las masas trabajadoras. Después del fracaso inevitable de ese modelo, tratará de imponer otro, siempre que aquellas masas se lo permitan.

En consecuencia, todo enfrentamiento al *modelo neo-liberal*, para ser realmente efectivo y no distractivo de la lucha contra la burguesía, debe ser anti-capitalista, tener un carácter permanente, y estar orientado por una concepción política conscientemente revolucionaria que solamente puede aportarla una férrea organización partidaria.

En la actualidad, solamente las organizaciones del trotskismo hacen suyo este proyecto político, concretado en el Programa de Transición, el único que provee esos elementos para llevar al movimiento de masas una política revolucionaria.

La otra concepción, la que rechaza al *modelo*, pero con el fin de salvar al sistema capitalista con un programa de consignas *mínimas* reformistas, no transicionales, sólo sirve para cerrarle el paso a la organización y movilización independiente del proletariado, por ser ésta la única fuerza social capaz de acaudillar consecuentemente el enfrentamiento con el Sistema.

Por eso, la función social de los líderes populistas de la pequeña burguesía, tiene hoy un carácter doblemente contrarrevolucionario: confunde y desvía el curso del proceso revolucionario.

Es el viejo cuento del rol progresivo de las burguesías nacionales.



Militares venezolanos durante el intento de Golpe de Estado.

El Golpe pro norteamericano fue desbaratado por la movilización del pueblo.

ABRIL, 2002

Chávez entendió la señal

Los sorprendentes acontecimientos de Venezuela nos permiten constatar hasta qué punto resulta trágico el dominio del imperialismo en los países que están siendo re-colonizados en el subcontinente americano. La tragedia del pueblo hermano tiene protagonistas cuyos nombres y apellidos pueden escribirse con la sangre derramada, para que se conozca con certidumbre contra quiénes hay que luchar unificadamente de aquí en más.

De un lado, está el imperialismo norteamericano, ejerciendo sus funciones de potencia hegemónica del terrorismo mundial, tratando de suprimir todos los vestigios de insubordinación a su nueva estrategia de dominación planetaria mediante planes de asistencia financiera, Golpes de Estado o abiertas incursiones militares.

Del otro lado, las masas desposeídas de todo lo necesario para vivir con dignidad, sin programa político y sin dirigentes revolucionarios. Y a pesar de ello, éstas resisten y se defienden como pueden, aún sin saber políticamente cómo hacerlo para no sufrir nuevos engaños y frustraciones. Este es el caso de los pobres y marginados de Venezuela.

En el medio, arbitrando entre éstos dos colosos enfrentados, las burguesías residuales del proceso de recolonización imperialista, que buscan atajos para la preservación de sus privilegios regionales, mediante la presión demagógica para negociar y, finalmente, seguir conviviendo. Este es el caso de Hugo Chávez y su proyecto de revolución bolivariana.

Pero la realidad de la lucha de clases ha puesto un dique de contención a las ilusiones de liberación social y nacional por parte de las burguesías dependientes que hacen demagogia oportunista a través de sus líderes carismáticos.

La tragedia de Venezuela, parecida a la de Ecuador, ha demostrado que las burguesías con pretensiones de independencia para negociar son ya cosa del pasado. El imperialismo sólo permite intermediarios manejables entre el y las masas. Esta es la garantía para llevar adelante su estrategia de explotación total de los pueblos atrasados.

Pero el Golpe de Estado pro-imperialista parece haber encontrado una resistencia obrera y popular muy desafiante y peligrosa. Bajo esa relación de fuerzas, se hizo posible el retorno de Hugo Chávez al poder, sin que esto signifique que vuelve para profundizar su primer y tímido esbozo de resistencia al imperialismo. Todo indica que el líder carismático *entendió la señal*, y que a su regreso, luego de la reprimenda trágica, tendrá que optar entre un signo más conciliador con el imperialismo o profundizar el enfrentamiento.

En la Argentina hemos visto, con el "Perón vuelve", cómo por la vía de esas conocidas *mesas de negociación*, regresaban al poder los gobiernos caídos por Golpes de Estado sin masas organizadas políticamente en forma revolucionaria. Este tipo de retorno solo sirve para evitar el desborde social y acomodar la situación a las nuevas exigencias del imperialismo.

Es necesaria la unidad de los pueblos latinoamericanos para repudiar la incursión en Venezuela, en Colombia, en Argentina y en el resto de los países. Pero no confiamos en Chávez ni en su retorno para abrir un camino revolucionario en medio del coloniaje imperialista.



MAYO, 2004

Hugo Chávez y Evo Morales.
Venezuela y Bolivia, junto a Ecuador y Argentina conforman el nuevo eje populista en Latinoamérica.

Los nuevos líderes populistas

No hay duda de que en la actual situación mundial, gracias al desprestigio alcanzado por el imperialismo encabezado por Bush, cualquier gobierno o líder político que sea atacado por EE.UU. se hace acreedor de una cierta cuota de simpatía y apoyo popular. Este es el caso de Hugo Chávez, más allá de lo que él significa para las masas en cuanto a su capacidad de liderazgo revolucionario para garantizar las tareas de liberación social y nacional.

En efecto, el coronel autoproclamado *bolivariano* emergió a la política de Venezuela desafiando algunas de las normas institucionales que durante décadas utilizó la oligarquía nacional y sus amos extranjeros. Debe reconocerse que Chávez cambió algo del régimen capitalista imperante en Venezuela... para que lo esencial del mismo siguiera igual.

Sin embargo, también hay que reconocer que ese *algo* le alcanzó para ganar una imagen de luchador antiimperialista ante importantes sectores de las masas más explotadas, que hasta ese momento no habían encontrado otra opción para manifestar su protesta y deseo de liberación.

La táctica de Chávez para ganar ese liderazgo lo ha transformado en una amenaza subversiva para el imperialismo. Washington no puede permitir que, en su patio trasero, los líderes locales recurran a la demagogia para apoyarse en las masas como método de negociación. Ello encierra el mismo peligro que el de un fósforo encendido en medio de un polvorín. Y la gran potencia del norte ya tiene bastante con el polvorín que amenaza a sus puertas en el resto del continente americano y Medio Oriente.

No hace falta repetir que ante todos los ataques sufridos por Chávez, empezando por el fracasado Golpe de Estado del efímero presidente Carmona hasta la farsa de las firmas opositoras, los revolucionarios socialistas tienen claro quién es el enemigo principal y cómo se lo debe enfrentar.

Está claro, además, que derrotar con la organización y la movilización popular a los golpistas y al imperialismo norteamericano, es hoy la mayor tarea que tienen por delante los trabajadores

hermanos de Venezuela y que, en acción solidaria, concierne también a todos los trabajadores del subcontinente, desde el Caribe hasta la Argentina, porque todos ellos están en la mira de los agresores yanquis.

Pero junto con reclamar la necesaria unidad de acción para defender al pueblo venezolano, también hay que tener claro que la verdadera cuestión que divide aguas, es la diferente representación política que se han dado las clases sociales en pugna.

De un lado, están los políticos populistas de la propia burguesía, que en última instancia defienden el orden instituido y solo quieren administrarlo mejor; y del otro lado, los socialistas revolucionarios que quieren cambiarlo, expresando los intereses de las masas más explotadas y los objetivos de la liberación social y nacional.

Los políticos populistas en el Gobierno son parte del Sistema, aunque se enfrenten circunstancialmente al régimen que lo administra. Sólo discuten mejores condiciones de convivencia con el imperialismo y, en el fondo, terminan siempre pactando fórmulas de conciliación, sin atreverse a romper con esa asociación ilícita que les permite seguir gozando de sus privilegios. Esta es la diferencia fundamental que los revolucionarios socialistas tenemos con Chávez y con los izquierdistas que se esfuerzan por presentarlo ante las masas como el gran líder bolivariano. Para nosotros, las palabras y los gestos de Chávez, por combativos que se muestren, no reemplazan a los hechos concretos ni constituyen medidas realmente antiimperialistas. Como los gestos de Kirchner, no pasan, hasta ahora, de ser más que eso: gestos y

palabras. Esa es la explicación de que la Deuda Externa sigue pagándose en Venezuela y Argentina, así como la amenaza de Golpe de Estado sigue pesando sobre Chávez y el pueblo venezolano, sin contar los demás flagelos derivados de la recolonización.

Por eso, es que resulta políticamente contrario a una política obrera y socialista otorgar confianza y cualquier tipo de apoyo a los gobiernos de la burguesía por más populistas que sean. En Venezuela, Bolivia o Argentina, ese apoyo significa, en los hechos, desarmar ideológica y programáticamente a los verdaderos luchadores cuyo objetivo es la liberación nacional y social.

Los roces que coyunturalmente tengan los políticos de la burguesía con el imperialismo a causa del petróleo, el agua o la Deuda Externa, son los típicos conflictos que estallan en el seno de la clase capitalista por el reparto de la ganancia. Ellos tratarán de resolverlos de manera legal y pacífica, o de forma violenta, en última instancia. Pero siempre lo harán dentro de los marcos de la propiedad privada de los medios de producción, es decir, bajo el capitalismo.

Por esa razón, los socialistas revolucionarios denunciamos el proyectado *eje latinoamericano* con que amenazan verbalmente los líderes populistas, como una alianza frágil entre gobiernos cobardes que sólo quieren disimular su impotencia para sostenerse en el poder.

Pero cuando advertimos sobre sus inevitables traiciones, no dejamos de reconocer y proponer medidas para responder al gran apriete que actualmente está sufriendo Chávez, acosado por las diversas formas de Golpe de Estado, tanto por vía militar como por vía civil, con la recolección de firmas. Ese

apriete del imperialismo no es el mismo que están sufriendo Lula y Kirchner, quienes por esa causa toman toda la distancia que pueden respecto del caribeño, sin comprometerse con sus declamaciones retóricas contra la Deuda Externa y el FMI.

En lo esencial, todos se comportan como socios circunstanciales para defenderse y presionar, pero no para acaudillar una gran batalla continental contra el imperialismo. Prefieren encolumnarse en el mismo frente con Bush a la hora de apaciguar a las masas insurreccionadas, según lo prueban los militares aportados por Lula y Kirchner a la actual invasión de EE.UU. a Haití y los funcionarios de la derecha golpista que se siguen cobijando bajo el Gobierno de Chávez.

Con el pretexto de una misión humanitaria, tanto unos como otros están legalizando la intromisión del imperialismo en el subcontinente, sentando jurisprudencia para futuras intervenciones militares.

El mega fraude denunciado por Chávez en la recolección de firmas opositoras para llamar al referéndum revocatorio de su mandado presidencial, que el mismo Chávez legalizó constitucionalmente, podrá o no demostrarse con investigaciones grafológicas y demás pruebas documentales. Pero mucho más importante que todo eso es el fraude político que implica la farsa democrática montada en torno a las firmas, truchas o no truchas.

Esa farsa consiste en reclutar a los sectores más reaccionarios de Venezuela con intereses de clase claramente definidos, en contra de los trabajadores y el pueblo. Y eso no tiene nada de democrático.

Con esa misma técnica, propia de la democracia burguesa, los agentes del imperialismo no vacilaron en lanzar el golpe ultraderechista del 11 de abril de 2002. Fue un hecho criminal con muertos y heridos. A su lado, la supuesta falsificación de las firmas opositoras sólo fue un juego de niños. La Coordinadora Democrática (CD), con ese y otros métodos, no hace más que practicar la democracia según la entienden sus administradores coloniales y el Gobierno de EE.UU. Una democracia que lleva muchas décadas imponiéndose sobre el pueblo venezolano.

Los 2,4 millones de firmas que la Constitución chavista exige para legalizar el referéndum revocatorio podrán o no alcanzarse, pero la situación de crisis que sumerge al Estado y a la población en la miseria y la anarquía no podrá ser resuelta por ningún gobierno de la clase patronal. El juego de Chávez para mantenerse en el Poder, consiste en tender una mano hacia los pobres super explotados y otra mano a los ricos que los explotan.

Por eso hoy, con referéndum o sin él, lo que queda en evidencia es la impotencia del nacionalismo burgués.



DICIEMBRE, 2005

Manifestación de la oposición golpista.

La gran burguesía y las clases medias acomodadas rechazan a Chávez y temen que se profundicen los reclamos obreros.

Chávez, entre la revolución y el golpe imperialista

La vía pacífica al *Socialismo del siglo XXI* propuesta por Hugo Chávez ha sido abiertamente desafiada -otra vez- por la derecha golpista. En este caso, las clases acomodadas de Venezuela emitieron un llamado a la abstención electoral, como recurso defensivo e impotente después del fallido intento golpista.

Esta derecha teme perder sus privilegios ante el proceso revolucionario de las masas venezolanas. Cuatro días antes de las elecciones, los partidos de la derecha contrarios a Chávez, que se habían sumado al abortado golpe proyanqui del pasado, volvieron a unirse el domingo 5 de diciembre en un frente abstencionista con el fin de desestabilizar al Presidente y provocar su caída. Tal es el objetivo falsamente democrático que los golpistas escondieron detrás de la táctica de abstención electoral, un hecho que no dejó de ser importante, alcanzando un 75% de la población. La cifra fue muy celebrada por los reaccionarios de la derecha pro-imperialista, tanto en Venezuela como en el resto de los países de América.

Sin conocer mayores precisiones sobre el significado y las cifras reales de la movilización electoral, considerada limpia y transparente por los veedores de la OEA (Organización de Estados Americanos) y la Unión Europea, puede asegurarse que detrás de los números se escondió también la farsa que es inherente a la democracia burguesa. Los electores con derecho a voto no fueron calificados ni por su nivel social o condiciones de vida, de trabajo o de residencia, sino por sus derechos formales como ciudadanos. Esto, en Venezuela, significa que se abstuvieron por interés y por comodidad los sectores mejor ubicados en el sistema, es decir, las clases medias y profesionales que disfrutaban de mayores privilegios sociales, así como de la renta del petróleo, de las corporaciones de la industria y la banca nacional y extranjera. .

Esta es la farsa de la democracia burguesa sobre la que el propio Chávez pretende asentar su reconquistado

poder político. Es una base política que choca permanentemente con la propia dinámica y necesidad del resto del pueblo empobrecido, cuyo movimiento está conmoviendo actualmente a Venezuela, más allá de los gestos populistas y demagógicos del Presidente bolivariano.

Es por eso que los socialistas revolucionarios, al analizar la abstención golpista y el nuevo triunfo electoral de Chávez, debemos destacar un hecho de gran importancia que algunos analistas de la derecha ya han percibido. Es el que se refiere a la política interna de Chávez, manifiestamente contraria a todo lo que implique alentar la organización independiente de los trabajadores y de las masas populares para que se doten de sus propios organismos de base y le disputen la propiedad de las fuerzas productivas a la burguesía. Ello le significaría a Chávez, en las condiciones actuales del proceso revolucionario, enfrentarse a formas embrionarias de un posible y peligroso poder alternativo al estatal, surgido de las entrañas mismas de las masas organizadas.

Esta es una posibilidad latente que el chavismo teme como a la peste por su propio *carácter de clase*. Como expresión política contestataria de la propia burguesía venezolana en disputa con el imperialismo, sabe que ese *doble poder* termina, finalmente, por resolverse a favor de una clase u otra, cuestionando su enigmático y utópico «socialismo del siglo XXI» que niega las enseñanzas de las únicas revoluciones socialistas que alcanzaron el triunfo en el pasado gracias al poder de los trabajadores.

Por eso, Chávez se limita a usar a los explotados como un elemento más de presión con el fin de negociar mejor ante

el amo prepotente y abusivo que hegemoniza el sistema capitalista global, y se previene con innegable clarividencia, de la pérdida de poder al que podría arrastrarlo la dinámica del proceso si se desarrollaran semejantes embriones. Esa es la explicación de que Chávez centre todos sus esfuerzos populistas en técnicas electorales burguesas sirviéndose de los Círculos Bolivarianos, versiones actualizadas de las Unidades Básicas peronistas o de las *manzaneras* de La Matanza en épocas de Duhalde, y que nada tienen que ver con la capacidad política de las masas para tomar decisiones independientes. Porque es justamente ésta capacidad el rasgo más importante de los organismos representativos del doble poder popular, temido tanto por la burguesía chavista como por la opositora.

Al respecto, es necesario preguntarse por los fundamentos con los que sectores de la izquierda reivindican los Círculos Bolivarianos y algunas otras

formas para-estatales de organización popular presentándolas como formas alternativas del doble poder. Una cosa es reclutar gente para dar apoyo a las supuestas medidas progresistas del gobierno, y otra muy distinta es disputarle ese poder a la burguesía y a sus funcionarios, tanto en la esfera legislativa como ejecutiva, que es lo que distinguió a los soviets rusos que hicieron una revolución verdadera. Esta es la contradicción institucional que, por falta de dirección política independiente de la clase obrera, no acaba de resolverse en el actual proceso revolucionario venezolano, quedando amenazado el mismo, de manera constante, por el golpismo pro-imperialista de la oposición burguesa.

Contra la opinión y las vacilaciones de la izquierda y las corrientes centristas, semejante contradicción no se debe a un error de concepción o capricho político del Presidente. Como todos sabemos, la política exterior es una prolongación de la política interior. Y en ese sentido Chávez no ofrece dudas. Como lo demuestra su

Unidad y enfrentamiento

Un gobierno burgués con prestigio popular, embanderado con fraseología de izquierda y roces con el imperialismo yanqui, no es fácil de desnudar ante las masas. Callar su *condición de clase* sería ocultar la verdad; pero caer en la sola denuncia resultaría infantil para nuestro propósito, es decir, lograr que los trabajadores de Venezuela realicen su propia experiencia con el chavismo para que las lecciones de la misma despejen el camino revolucionario.

Las masas avanzan en su conciencia únicamente a través de ese ejercicio práctico. Una táctica adecuada para que las masas venezolanas superen sus actuales esperanzas en Chávez, sólo puede partir de la defensa de su gobierno ante cualquier intento golpista de la derecha pro-imperialista. Sólo así, acaudillando la defensa de la soberanía nacional, los revolucionarios tendríamos el derecho bien ganado a exponerle al pueblo nuestro punto de vista. El mismo consistiría en una sencilla y clara serie de exigencias al gobierno de Chávez con el fin de demostrar su incapacidad y límites de clase: la expropiación de fábricas y empresas, la nacionalización de toda la Banca y del Comercio Exterior, la expropiación sin pago de las tierras a los latifundistas, el no pago de la Deuda Externa, etc.

política en la América Latina recolonizada por el imperialismo hegemónico y prepotente, Chávez no busca la alianza con las clases trabajadoras para resistir esa recolonización y romper con la dependencia, sino el acuerdo diplomático con los gobiernos capitalistas para hacer presión y negociar con Bush en busca de mejores condiciones de convivencia común.

Esa estrategia, a pesar de las ilusiones que crea en la pequeña burguesía, es la que explica que los altos precios del petróleo sean utilizados para auxiliar a Kirchner comprándole los bonos que lanzó al mercado financiero para pagar la Deuda Externa, haciendo así más dependiente al país por vía del subdesarrollo. Con una ayuda financiera de este tipo, Chávez se pone por debajo del propio FMI que, como es sabido, para prestar dinero exige a sus deudores garantías concretas de pago, debiendo demostrarse en qué y cómo utilizan el dinero de manera redituable. O sea, que tanto para Kirchner como para Lula y Chávez no hay nada más redituable que seguir pagando la Deuda Externa.

Esa original manera que tiene el líder bolivariano de profundizar la revolución en su país consiste en ayudar a los gobiernos capitalistas del continente a que se establezcan en el marco de la dependencia y el atraso estructural. Queda así al descubierto que el objetivo es fortalecer la convivencia pacífica con el imperialismo y no liberarse de él. Todo lo demás suena a cháchara populista, dentro o fuera del Mercosur. Este engaño es el peligro que se cierne actualmente

sobre el proceso revolucionario venezolano. Alertar sobre él desnudando el carácter burgués y capitulador del nacionalismo chavista, es por consiguiente una tarea insoslayable.

Los verdaderos revolucionarios, que no debemos depositar confianza alguna en esos gobiernos, ratificamos nuestro compromiso político de acompañar a las masas venezolanas en todos sus enfrentamientos con el imperialismo y los golpistas, pero sin ceder un paso en la tarea de organizar de manera independiente a las masas detrás de su propio partido socialista, porque no hay otra alternativa para evitarle nuevas frustraciones.

Chávez y su "socialismo del siglo XXI"

Las deformaciones en que ha caído la teoría socialista como secuela de la traición histórica de la burocracia stalinista le ha dado libreto a todo tipo de oportunistas. A los revisionistas del marxismo que desde la caída del Muro de Berlín pregonaron "la muerte de la clase obrera", como sujeto revolucionario, ahora vienen a sumarse los políticos populistas de la pequeña burguesía valentonados por el giro a la izquierda que están efectuando las masas del continente americano. Entre ellos, Chávez es uno de los principales patrocinadores del "*nuevo socialismo del siglo XXI*", perfectamente adaptable a los intereses de la burguesía a través de un capitalismo "*más humano*".

En la Venezuela chavista, y a pesar de que su heroico pueblo ya ha derrotado dos intentos golpistas del imperialismo en menos de tres años, este "nuevo" socialis-

mo mantiene intacta la propiedad privada, no sólo en los centros productivos urbanos sino también en el campo, donde la necesaria expropiación de los terratenientes ha quedado reducida a la confiscación estatal de pequeñas porciones de tierras improductivas. También persiste indemne la Banca privada como el pago de la Deuda Externa. Chávez poco y nada tiene que ver con los grandes avances de la revolución venezolana; han sido las masas, a través de sus acciones, las encargadas de poner en caja al imperialismo e inaugurar el incipiente *control obrero* y la *co-gestión* que se ejercen en algunas de las principales empresas y fábricas. El socialismo gradual del chavismo pretende mostrarse a sí mismo como elemento progresivo del

movimiento ascendente de las masas; según esta lógica, la tarea de los trabajadores y el pueblo venezolano de conquistar el Poder para dar inicio a la construcción socialista, ya se estaría cumpliendo con la presidencia de Chávez. Este engaño es doblemente peligroso, porque mientras siembra falsas esperanzas en líderes nacionalistas burgueses, distrae a los trabajadores de su principal tarea en estos momentos: desarrollar organismos de poder independientes del Estado chavista como precondition para la toma del poder.

Los verdaderos socialistas revolucionarios, que no se dejan engañar con fraseología izquierdista y actos populistas, no deben callarse ante el fenómeno Chávez. El carácter burgués de ese gobierno sólo puede ser desenmascarado y superado si los trabajadores trazan una estrategia independiente del mismo.

Nuevas organizaciones obreras

Se fundó la UNT (Unión de Trabajadores de Venezuela)

Con más de un millón de afiliados y en pleno crecimiento, la nueva central sindical UNT, de reciente conformación, está desplazando y enterrando a la vieja CTV (Central de Trabajadores de Venezuela) vinculada históricamente al desmoronado y reaccionario partido Acción Democrática. El hecho constituye un avance en la conciencia e independencia de clase, por ser la UNT quien alberga en su seno a lo mejor de la vanguardia obrera que enfrentó y derrotó en las calles el intento golpista de la derecha y el último paro-boicot patronal concertado entre la burguesía local, la CIA norteamericana y la agonizante CTV.

Fundación del PRS (Partido de la Revolución y el Socialismo)

Varios de los más destacados dirigentes de la UNT, entre ellos el compañero Chirino, su principal dirigente, acaban de poner en pie un partido revolucionario. Saludamos el acontecimiento como un augurio esperanzador, por ser hijo legítimo del ascenso revolucionario de nuestra clase. En un continente huérfano de dirección revolucionaria, el rol positivo del PRS en la revolución venezolana puede constituirse en un punto de referencia ineludible para superar la actual dispersión de los núcleos revolucionarios latinoamericanos.



Horacio Lagar

11 FEBRERO, 2007

Orlando Chirino, dirigente trotskista venezolano.

Uno de los principales líderes del movimiento revolucionario en Venezuela, fundador del Partido de la Revolución y el Socialismo y directivo de la UNT.

Los movimientos nacionalistas y el trotskismo

En el informe de Agosto de 2006, después de la bochornosa retirada del imperialismo en el Líbano, describíamos la situación latinoamericana de este modo: *"...en este cuadro internacional hay que inscribir el proceso revolucionario que recorre el continente americano con epicentro en Venezuela, Ecuador, Bolivia y fuertes cimbro-*

nazos de inestabilidad y quiebra de los regímenes tradicionales en Costa Rica, México, Brasil y también Chile.

Ante una situación caracterizada por esos elementos, nuestra organización ha centrado su atención en conocer y tomar contacto con los dirigentes y corrientes políticas hermanas que tienen protagonismo reconocido en esos episodios. Nuestro propósito es el de insertarnos en los movimientos de masas tal cual se dan, para formar parte de ellos de una manera o de otra, según nuestras posibilidades, con el fin de hacer posible y fortalecer el internacionalismo proletario”.

Nos remitimos a este Informe con el fin de hacer los ajustes que resulten necesarios y responder hoy (febrero de 2007) a los impactantes anuncios que desde Venezuela, Bolivia y Ecuador levantan justificadas expectativas entre las masas y los militantes de izquierda.

El que definimos como "*movimiento revolucionario que recorre el continente*", muestra las siguientes características:

- 1.** Tiene lugar en la fase llamada de "globalización" del capitalismo, cuando la hegemonía de un imperialismo en decadencia que se repliega apelando a toda su agresividad, es desafiada por las masas de todo el mundo.
- 2.** Este movimiento no cuenta con la organización, las estructuras y las direcciones políticas tradicionales, formadas ideológicamente en los partidos de la izquierda.
- 3.** Se compone de formaciones ad hoc surgidas de sectores sociales movilizados por necesidades básicas insatisfechas

que son canalizadas electoralmente por dirigentes populistas.

4. No responden a un proceso de organización independiente de las masas a través de sus sindicatos, comités, juntas, o soviets, sino a reclutamientos políticos auspiciados desde el mismo poder político del Estado, con mayor o menor grado de supeditación al mismo, o de sectores marginados del campesinado.

5. Apoyan al Gobierno y se movilizan contrarrestando la presión del imperialismo.

6. No tienen independencia organizativa ni política, y carecen de un programa propio alternativo.

7. El liderazgo de sus dirigentes se ejerce a través de las mismas instituciones y métodos de la democracia burguesa, como las elecciones y demás organismos del Estado.

8. Las consignas de democratización, como la de Asamblea Constituyente, se limitan a formalizar jurídicamente las nuevas relaciones de fuerzas de sus dirigentes con las masas para protegerse del acoso imperialista, y a consolidar el poder personal y el protagonismo personal de sus líderes, sin afectar las bases del sistema.

9. Las instituciones del régimen, tanto en lo interno como externo, siguen siendo las mismas del Estado *dependiente* ajustadas para responder a la moderna recolonización.

10. Sobre esas instituciones se yuxtaponen los procedimientos administrativos, ajustes económicos y métodos políticos exigidos por las masas, dando lugar a gobiernos de tipo bonapartista dedicados a *arbitrar* los antagonismos cada vez más agudos entre las clases, a la vez que a sostenerse a sí mismos en el aparato del Estado.

11. En líneas generales, la llamada “revolución bolivariana” y sus variantes latinoamericanas, reproduce con nuevos elementos de la realidad social de cada país, los intentos anteriores de sectores postergados de las burguesías nacionales por alcanzar un grado mayor de participación en la explotación de las masas.

12. En las condiciones actuales de agotamiento y crisis del sistema, estos tardíos movimientos nacionalistas no pueden ofrecer como alternativa la promesa de “otro mundo posible”. La única alternativa, no sólo posible sino también reclamada por la realidad, es la del poder obrero y la revolución socialista. Toda otra especulación política lleva a la capitulación al imperialismo para compartir con él, como socio minoritario, la explotación de las masas.

La experiencia histórica

Los marxistas revolucionarios no pueden ignorar la experiencia histórica y los análisis que en torno de ella realizó el trotskismo. Polemizando con las corrientes nacionalistas burguesas del pasado, así como con las burocracias políticas y sindicales, los “progresistas”

de la pequeña burguesía y la misma izquierda, el trotskismo supo desnudar el carácter ilusorio y la impotencia de clase de las corrientes nacionalistas de la burguesía y pequeña burguesía para consumir proyectos de independencia y soberanía nacional. Ya fueran estos proyectos levantados en el marco del capitalismo y las instituciones del sistema, o por fuera de él en los casos excepcionales que se dieron en China, Argelia, Cuba o Nicaragua.

El curso seguido por las distintas variantes de *frentes populares* o movimientos *tercer mundistas* prueban los límites que la lucha de clases impone finalmente a esos movimientos.

Todos ellos terminaron sucumbiendo ante el entramado de la sociedad capitalista con siglos de experiencia acumulada en el ejercicio del poder y mecanismos sofisticados para defenderlo. Tanto política como culturalmente.

Esa realidad demostró la necesidad del Partido obrero revolucionario no sólo para conquistar el poder sino también para conservarlo y extenderlo al conjunto de la sociedad global. Así lo sigue reclamando el Programa de la IV Internacional.

Para hacerlo más evidente ante los militantes de la nueva generación, aludiremos someramente a los ejemplos que, curiosamente, son poco tenidos en cuenta por los oportunistas a la hora de comportarse ante los movimientos nacionalistas y el pretendido “socialismo Siglo XXI” de Chávez, Evo Morales y Correa.

Recordemos que ya en el siglo pasado, más de sesenta años atrás, una ola semejante aunque no igual de movilizaciones revolucionarias recorrió el mundo y sacudió hasta los cimientos

las estructuras del imperialismo, en casi todos los continentes. Sus líderes, con o sin la bandera del socialismo, encabezaron luchas populares de gran magnitud. Muchos de ellos fueron héroes que dejaron la vida en el intento, y aunque representantes de las burguesías o clases medias coloniales y dependientes dieron ejemplos de sacrificio personal, tanto en América como en Asia y en África. Merecen ser recordados para sacar conclusiones.

En América, bajo el liderazgo del General Cárdenas, en 1938 México pasó a ser el espejo donde se miraron muchos políticos del *patio trasero* del imperialismo para lanzar proyectos de liberación en sus respectivos países. Cárdenas expropió la inglesa S.A.Eagle, que explotaba el petróleo de la nación azteca.

“La naturaleza requirió muchos millones de años para depositar en el subsuelo mejicano oro, plata y petróleo. Los imperialistas extranjeros desean saquear estas riquezas en el menor tiempo posible, haciendo uso de mano de obra barata y de la protección de su diplomacia y su flota”, escribió Trotsky en 1938 denunciando los intentos golpistas del general Cedillo, un agente interno del imperialismo.

Trotsky consideraba al General Cárdenas *“uno de esos hombres de Estado que habían realizado tareas de liberación nacional comparables a las de Washington, Jefferson y Abraham Lincoln”*. Y añadía:

“La expropiación del petróleo en México no es ni socialista ni comunista. Es una medida de defensa nacional altamente progresista. Por supuesto, Marx no consideró que Abraham Lincoln fuese un comunista; esto, sin embargo,

no le impidió a Marx tener la más profunda simpatía por la lucha que Lincoln dirigió. Por eso la Primera Internacional le envió al presidente de la Guerra Civil un mensaje de felicitación, y Lincoln, en su respuesta, agradeció inmensamente este apoyo moral”.

Y remataba así su posición:

“El proletariado internacional no tiene ninguna razón para identificar su programa con el programa del gobierno mejicano. Los revolucionarios no tienen ninguna necesidad de cambiar de color y de rendir pleitesía a la manera de la escuela de cortesanos (stalinistas) de la GPU (burocracia soviética)... Sin renunciar a su propia identidad, todas las organizaciones honestas de la clase obrera en el mundo entero... tienen el deber de asumir una posición irreconciliable contra los ladrones imperialistas, contra su diplomacia, su prensa y sus áulicos fascistas... La lucha por el petróleo mejicano es sólo una de las escaramuzas de vanguardia de las futuras batallas entre los opresores y los oprimidos”.

Hubo otros ejemplos, como el del Coronel Jacobo Arbenz en 1954, presidente de Guatemala, quien fue derrocado por el imperialismo, acusado de llevar a Guatemala al comunismo por tomar medidas obvias de “reparación nacional” como la expropiación de la United Fruit Company, monopolio adueñado de todo lo producido en el país. Arbenz fue víctima de la intervención militar yanqui, pero no en forma directa valiéndose de sus marines, sino a través de un agente cipayo, Castillo Armas, un “patriota” reclutado entre los representantes de la propia burguesía guatemalteca, con el fin de poner en vereda a los “bolivarianos” de entonces.

Para ello, aportaron los medios técnicos y la complicidad de los Cancilleres del continente reunidos en la Conferencia de Caracas.

Arbenz y sus seguidores progresistas del *frente popular* guatemalteco, terminaron huyendo del país, marcando así el camino a otros militares populistas que se habían comprometido demasiado con las masas de sus países, dispuestas -ellas sí- a defender al país de la expropiación imperialista.

Concluía de este modo, con pena y sin gloria, uno de los más emblemáticos intentos emprendidos por el nacionalismo burgués para nacionalizar los recursos naturales complementados con proyectos de reforma agraria. Gobiernos de tipo populista ponían a prueba sus métodos de conciliación de clases.

Esas reformas agrarias no partían de la nacionalización de la tierra. Sólo se tomaban las de propiedad fiscal y algunos latifundios improductivos para "repartirlas en cucharita" como dirían los revolucionarios cubanos, únicos que en su momento no conciliaron con la clase parasitaria de los terratenientes.

No es de extrañar que, sin organización independiente del proletariado, sin partido y sin dirección revolucionaria, aquellos movimientos nacionalistas terminaran en el exilio, conquistando sólo simpatías.

La experiencia ya la había hecho Mossadeh en Irán, con la nacionalización del petróleo. Por eso tampoco sorprendió luego el caso de Perón en Argentina a pesar del apoyo de las masas que creían en su demagogia. Algo esencial tenían de común esos y otros intentos en América: no representaban al proletariado organizado como sujeto de una revolución, y eran prisioneros de

la sagrada propiedad privada, principio básico de la democracia burguesa. En ese marco, la fraseología socialista sólo servía para ocultar las apetencias electorales y la conciliación de clases en momentos de gran inestabilidad del sistema.

En África una explosión social de bases étnicas y económicas había desatado procesos liberadores que de manera desordenada seguían el ejemplo de Nasser en Egipto. Decenas de líderes de las ex colonias negras, asumieron como propia la tarea de desatar los nudos de la dependencia económica y política, encabezando proyectos de liberación nacional, revestidos de fraseología socialista. Era la *vía africana al socialismo*.

Adquirieron notoriedad los nombres de Nkrumah en Ghana; Senghor en Senegal; Sekou Touré en Guinea, Lumumba en Congo... Todos ellos Presidentes, Primeros Ministros o líderes carismáticos, quisieron adaptar el marxismo a las condiciones particulares del postergado continente africano, atrayendo la simpatía, cuando no las ilusiones, de grandes masas de población dentro y fuera de África.

Esos *socialismos nacionales* buscaron atraer al inversor extranjero para reconstruir una economía sobre bases capitalistas y echar las bases de un socialismo africano, naturalmente más "humanizado" y "democrático" que ese que proponía el marxismo, promotor intransigente de la *dictadura del proletariado*. Constituía una gran ilusión nacionalista sustituir el atraso de la organización tribal africana por las modernas instituciones del capitalismo europeo. Pero para tan progresistas intenciones había un impedimento dado

no por la mala voluntad o incompetencia de los líderes, sino por las leyes de la lucha de clases que ya no permitían repetir el curso de acumulación capitalista que había tenido lugar en los siglos anteriores al imperialismo.

Para los nacionalistas negros el proclamado *socialismo posible* necesitaba del *capital* propio, pero no del *capitalismo*. Semejante proyecto podía satisfacer a la diplomacia soviética frenadora de todos los procesos revolucionarios, y molestar a las potencias imperialistas, como hoy molestan los desplantes de Chávez y Morales, pero no podían imponerse a las leyes económicas de la acumulación y las exigencias de la ganancia capitalista.

Recuérdese, además, que en África, los sectores más explotados de la sociedad no eran precisamente las débiles burguesías locales ni las clases trabajadoras vinculadas a la industria, sino los campesinos y las mujeres, con un nivel político y cultural mucho más atrasado.

Resulta claro que, más allá de las buenas intenciones, las posibilidades de desarrollo socialista en semejantes condiciones y circunstancias del mundo globalizado, exigían en África, mas que en parte alguna, la acción centralizada de un partido internacional, socialista y revolucionario que diera respuesta de conjunto y coordinada a los desiguales ritmos (o velocidades) de desarrollo, lo que era algo distinto a la simple adaptación política al atraso y la *vía africana* propuesta por sus dirigentes, por más *planes quinquenales* que intentaran poner en marcha.

Otros casos pueden citarse, como el del Dr. Nyerere en Tanganica, un ideólogo de fuertes tendencias huma-

nísticas que se apoyaba en el marxismo y lanzaba propuestas afines al cooperativismo.

Sobre semejantes cauces transitó la gran ola nacionalista en el continente africano, y así fue desaprovechada. Es oportuno analizar ese proceso partiendo de las lecciones que habían aportado los revolucionarios marxistas rusos de 1917.

Nacionalismo y “Socialismo Siglo XXI” (Venezuela, Bolivia, Ecuador)

El movimiento trotskista acompañó siempre las reivindicaciones nacionales contra el imperialismo, pero marcando el camino independiente del proletariado por considerarlo el sujeto necesario del proceso. Por eso polemizó tanto con los caudillos de la pequeña burguesía y desnudó su fraseología izquierdizante.

En las condiciones actuales establecidas por la mayor unidad de la economía capitalista llamada globalización, los procesos insurgentes de las masas se repiten, pero no de la misma manera que en el pasado. Hoy, muchos de los factores concurrentes han sufrido cambios. Las contradicciones del capitalismo se han agudizado haciendo más vulnerable el sistema y por lo tanto más sofisticados, a la vez que desesperados, los métodos empleados por el imperialismo para subsistir y contener el embate de los pueblos oprimidos.

El sistema ya no cuenta con la URSS burocrática como bastión reaccionario para frenar las mareas revolucionarias, ni tampoco con sus partidos satélites controlando a las masas.

La tecnología ha acelerado la tendencia decreciente de la cuota de ganancia, haciendo más salvaje la disputa por la plusvalía entre los monopolios internacionales.

El proletariado, lejos de desaparecer, aumentó en número y en protagonismo como clase trabajadora cada vez más sometida a un proceso de empobrecimiento, y contradictoriamente, pagando las consecuencias de una gran despolitización, dando lugar a luchas espontáneas y desesperadas que aprovechan ideólogos y caudillos oportunistas surgidos de las otras clases en crisis. Este es el caldo de cultivo de los nuevos líderes para reflatar su nacionalismo tardío, y hasta valerse del vocabulario socialista para concitar la atención de las masas.

Desconocer o subestimar la importancia de este fenómeno en los albores del siglo XXI es cerrar los ojos a la realidad y alentar comportamientos políticos que llevan al sectarismo. Con esa comprensión damos gran importancia a la actuación de los partidos hermanos en Venezuela, Bolivia, Ecuador y algunos países mas donde la ola moviliza a las masas. Pero nuestro alerta contra el sectarismo sólo es válido y justificable en tanto y cuanto sirve para no caer en el oportunismo político, que es la otra opción ante la que se debaten hoy las corrientes y partidos de la izquierda.

Partimos de la base de que el capitalismo ha pasado a ser mundial, quitando los viejos espacios de autonomía a las economías nacionales atrasadas que ya no pueden subsistir de manera independiente.

Como lo expuso Trotsky hace más de 70 años: "*El patriotismo en el sentido*

moderno o más precisamente en el sentido burgués es un producto del siglo XIX...", y por esa razón, "*la tendencia básica de nuestro siglo XX es a la creciente contradicción entre la nación y la economía*".

El desarrollo de esta contradicción provocó la asfixia de las economías nacionales más desarrolladas y condujo a las guerras imperialistas. Ahora, en el siglo XXI, obliga a las burguesías nacionales postergadas a implementar diversas formas de chantaje, negociando bases de arreglo y conciliación con las grandes empresas multinacionales a las que les exige condiciones más generosas en el reparto de la renta nacional.

Eso explica la forma en que Chávez y Morales manejan el conflicto suscitado en torno a las nacionalizaciones, así como esgrimen demagógicamente el problema de la tierra con supuestas medidas de *reforma agraria*.

Respecto de las nacionalizaciones, la misma prensa burguesa destaca que las mismas presentadas tan aparatosamente no son *expropiaciones* sino "compra de activos" por parte del Estado, como si se tratara solo de asegurarse un lugar donde poner el pie para compartir con el imperialismo la explotación común de las masas.

Y en cuanto a la tierra, todas las medidas y proyectos se refieren a las grandes propiedades improductivas, fiscales o mostrencas, sin mencionar siquiera a las que explota la clase terrateniente, y mucho menos la palabra *nacionalización*.

Sabemos que la *reforma agraria* tiene particularidades nacionales que no admiten recetas únicas. Pero también sabemos que los particularismos propios de cada país no se superan por la vía de

la adaptación burocrática al espontaneísmo de las relaciones económicas sometidas a la propiedad privada en busca de la ganancia. Para hablar de socialismo, cualesquiera sean las concesiones que un poder obrero pudiera verse obligado a hacer, la nacionalización de toda la tierra es el punto de partida y la garantía de no capitular al sistema. Nada de ésto se da hoy en Venezuela, Bolivia y Ecuador.

En Venezuela, ni el golpe de abril del 2002 ni el sabotaje a PDVSA fue contestado por Chávez con medidas revolucionarias.

Pese a indudables mejoras en el nivel de vida de la población, las rentas ingresadas por las exportaciones minerales, están muy lejos de ser destinadas a obras de beneficio público como viviendas, hospitales, escuelas, universidades, comunicaciones, etc.

La acrecentada Deuda Externa, símbolo de la dependencia y la sumisión de los gobiernos de las burguesías latinoamericanas, sigue pagándose con una puntualidad que los mismos imperialistas no dejan de señalar.

En materia de política internacional lejos estamos de exigir a Chávez o a Morales medidas ultraizquierdistas. Pero no por ello justificamos su rol de agente financiero dedicado a sostener gobiernos como el de Kirchner, a quien le otorga préstamos multimillonarios que pesarán negativamente sobre los sectores populares, sin contar que estarán destinados a cumplir con los usureros internacionales y el FMI y que los intereses estipulados son superiores a los del mercado y le reporten grandes ganancias.

No puede dejar de mencionarse, como otro símbolo del chavismo y sus

socios en el Continente, el entusiasta anuncio de que "*Ha nacido un Mercosur más combativo*" al que juegan todas sus cartas.

Después del postergado ALCA, la necesidad de la economía global de soldar los eslabones de la cadena capitalista en el Continente, pasa ahora por este nuevo Mercosur, y para ello cuenta, nada menos, que con el apoyo de Cuba y demás jefes, rebeldes o sumisos, de las burguesías nacionales, urgidos no por las necesidades populares, sino de un trato menos humillante y discriminatorio para ellas mismas.

Los trotskistas no son consejeros de ningún gobierno burgués. Pero respondiendo a las necesidades de las masas han hecho sus propuestas políticas y programáticas. Con ese fin lanzaron la consigna de un Frente o Bloque de Países por el no pago de la Deuda negando las pretensiones de cobro de los usureros internacionales. Pero Chávez, compitiendo con Lula y Kirchner, se ganó el elogio del FMI por ser el más puntual pagador de la Deuda Externa.

Es un hecho reconocido que las llamadas *nacionalizaciones* solo disputan parte del terreno a los monopolios imperialistas, pero ni siquiera rozan esferas fundamentales de la soberanía como el comercio exterior y la gran Banca, que siguen en manos de los monopolios privados, igual que los principales medios de comunicación.

Ante semejantes datos del manejo económico, a los que se suman los bajos salarios, la inflación y el desempleo, el pueblo de Venezuela tiene sobrados motivos para organizarse y movilizarse de manera independiente más allá de los moldes burocráticos que le fija el líder bolivariano.

En Bolivia, su discípulo Evo Morales enfrenta una situación social todavía más anarquizada y difícil de controlar. Mas allá de las diferencias, la izquierda revolucionaria se enfrenta a las mismas necesidades políticas.

En Ecuador, nuestro menor conocimiento de la situación, nos hace también ser muy precavidos respecto a la dinámica desatada con el triunfo electoral de Correa y buscaremos la mayor inserción, directa o indirecta, como practicantes efectivos del internacionalismo revolucionario.

El trotskismo ante una situación excepcional

De conjunto, la situación del sub continente americano es excepcional. No aprovecharla comporta un crimen político de carácter histórico de la que son responsables los partidos y dirigentes del socialismo revolucionario.

Contra los personajes e instrumentos directos o indirectos de la corrupción y la administración chavista, se hacen oír a diario las protestas de los trabajadores, según nos lo informan los propios dirigentes de la CNT que apoyan a Chávez. Denunciarlos intransigentemente como ellos están haciendo es imprescindible porque son éstos la correa de transmisión de las clases enemigas para frenar el proceso y desviarlo, ya que obran al amparo del propio Chávez, quien por acción y por omisión, se vale de ellos para tender puentes con la burguesía y los patrones de Fedecámaras, así como también con los jefes de la Iglesia Católica.

Pero esa denuncia no basta para orientar el proceso revolucionario en tanto se limita a corregir defectos en el Régimen y señalar fallas morales en sus administradores. En Venezuela, como en Bolivia y en Ecuador, el trotskismo deberá insertarse en el proceso, acaudillar las luchas reivindicativas, fortalecer la organización de las bases obreras y marcar los métodos más apropiados para quitar protagonismo y poder a las burocracias.

Es la única manera de conquistar un liderazgo político para ser la opción revolucionaria a Chávez y su estrategia de adaptación al sistema.

Esa opción de clase, está planteada hoy en Venezuela, Bolivia y Ecuador, aunque no pase todavía por nuestros partidos trotskistas.

Pero el PRS puede proponérselo como objetivo si se da una política audaz sobre la base de las consignas del Programa de Transición adaptadas a las circunstancias. Hacemos esta profecía partiendo del hecho de que impulsó y concretó tareas muy importantes y positivas como fue la constitución de la UNT (Unión Nacional de Trabajadores), nueva central sindical que quitó el liderazgo del movimiento obrero más combativo a la vieja y burocrática CTV, siempre al servicio de los gobiernos de turno.

Esta nueva central obrera, democrática y autónoma, plantea las nacionalizaciones con control obrero de las grandes empresas como la siderúrgica SIDOR que fue privatizada, así como de otras industrias. A estas propuestas se oponen naturalmente las corrientes burocráticas que disfrutaban privilegios corporativos y participaciones accionarias en algunas empresas.

Nuestros compañeros, seguramente están advertidos que sus bases de apoyo social se encuentran en los sectores obreros y populares mas desprotegidos de la ciudad y del campo que no se encuentran representados en los estratos mas acomodados de la llamada "aristocracia obrera", siempre proclive a la conciliación.

También hemos destacado como factor muy importante la irrupción casi masiva de la mujer al plano de las protestas y luchas nacionales, denotando la profundidad del proceso revolucionario en curso.

Ni sectarismo ni seguidismo: política independiente, audaz y clasista

Somos promotores de las consignas de tipo democrático y en especial de la consigna transicional de Asamblea Constituyente en tanto dan expresión al movimiento de masas en su enfrentamiento con los poderes e instituciones del Estado burgués.

Pero el uso de esa consigna por gobiernos de la burguesía con fines predominantemente electorales para sostener jefaturas personales, conciliadoras o directamente reaccionarias, como suele ocurrir en nuestro país con la convocatoria de muchas Constituyentes, nos obliga a diferenciarnos, porque no somos ni podemos aparecer ante la clase obrera como operadores políticos o punteros de comité al servicio de caudillos bonapartistas.

Ni en la Asamblea Constituyente de Chavez ni en la de E.Morales tiene

presencia autónoma la clase obrera organizada de manera independiente. Sin esta garantía de representación política, la consigna y la Asamblea misma pierde su carácter transicional como puente de acceso de la clase al poder del Estado, para ejercer su dictadura.

El aspecto democrático del programa deja de servir a objetivos socialistas y se hace puramente formal y declamatorio, para la propaganda o la demagogia oportunista.

En Venezuela y en Bolivia la descomposición del régimen viejo y los cambios institucionales que pretende el régimen nuevo no se promueven con un claro carácter de clase. La burocracia administrativa, educada en el sistema es intérprete de la pequeña burguesía rebelde y facilita la conciliación y el compromiso entre las clases.

Una mayoritaria base social campesina, atada de diversas maneras a la conciencia que da la propiedad privada, empuja en el mismo sentido conservador, cuando no directamente reaccionario respecto a las aspiraciones mas avanzadas de los obreros de la industria urbana y rural.

Solo un partido revolucionario con programa y dirección obrera puede contrarrestar estas fuerzas negativas y mantener el curso correcto en una perspectiva socialista. Para eso deberá ganar el apoyo, no solo del obrero industrial de la ciudad, sino también del campesinado acaudillando las capas mas desposeídas y oprimidas de ambos. Y no podrá hacerlo sin marcarles el único camino de liberación que pasa por la alianza obrero-campesina detrás de un programa reivindicativo expresado en consignas transicionales.

A la dirección de ese tipo de partido corresponde elaborar las tácticas políticas más adecuadas a cada momento del proceso. Por lo tanto, no caeremos en la pedantería de fijarlas a priori.

Pero sí debemos expresar nuestra preocupación cuando los que deben cumplir esa tarea se suman, como en Venezuela, a las campañas de reelección presidencial sin oponer a la misma un claro programa alternativo y de clase, porque vemos en ello un paso muy peligroso hacia el seguidismo político y la capitulación, por más fraseología socialista que se agregue a esa campaña.

Reconocemos que en el proceso venezolano, boliviano y ecuatoriano anidan colosales energías revolucionarias contra la burguesía y particularmente las burocracias políticas y sindicales. Pero esas energías serán desaprovechadas si no se las orienta con el programa y la política que sólo el trotskismo es capaz de proveer. De otra manera, gobiernos que no son obreros terminarán apelando a la estatización del movimiento obrero para desviar la lucha obrera hacia sus propios fines electorales, como ocurrió en Argentina con la anunciada "patria socialista".

El debate está planteado y tiene un punto de inflexión que es el voto a Chávez, ardorosamente defendido por el PRS, junto con otras corrientes en las últimas elecciones.

Aunque esta conducta pueda ser ubicada en el dominio de la mera táctica política coyuntural, de ninguna manera la identificamos con la metodología de nuestra corriente morenista según se expresó en épocas del peronismo. Más aun, estimamos que las referencias críticas al entrismo y el voto a Frondizi, proviene, tanto en lo que hace al

morenismo como al chavismo, no de las enseñanzas metodológicas del trotskismo, sino del sectarismo inveterado en el que se cobijan los grupos de propaganda para reemplazar la política revolucionaria por la defensa abstracta de los principios socialistas.

Desde nuestro punto de vista no votamos nunca a un gobierno burgués por tal o cual medida, y mucho menos en nombre del nacionalismo que es, en lo esencial, la cobertura política más desesperada en que se expresa la clase dirigente para sostener el sistema.

Lo que nosotros hacemos es acompañar a los sectores organizados y más militantes de la clase obrera en sus acciones de enfrentamiento con el régimen y las instituciones del Estado, aún cuando esa clase obrera mantenga ilusiones en gobiernos de la burguesía y se identifiquen electoralmente con sus medidas. Esa es la táctica de movilización independiente que planteamos para nuestra clase y que lamentablemente exige concesiones formales. Pero estas concesiones no significan acompañar a determinado gobierno de la burguesía y depositar confianza en él. Esta táctica es conflictiva y riesgosa, tanto que requiere una real inserción en el proceso de movilización de las masas y una consecuente unidad de acción, práctica y efectiva, que trasciende los meros enunciados de corte principista.

Confiar hoy en Chávez, en Evo Morales o en Correa, es desarmar a los cuadros de la clase obrera, única capaz de sostener el proceso revolucionario.

Pero con el mayor respeto por los compañeros trotskistas venezolanos, que hoy tienen por delante tan colosal tarea, nos interesa promover la fraternal discusión sobre qué tareas concretas de

unidad en la acción con los sectores más avanzados del proletariado pueden impulsarse o están llevando a cabo para montar las luchas actuales en una dinámica política más audaz, independiente y clasista, dado que esa es la única posibilidad de superar el nacionalismo burgués tanto como el falso "socialismo del siglo XXI" y despejar el camino hacia la revolución obrera y el socialismo.



Horacio Lagar

5 MAYO, 2007

Trabajadores exigen a Chávez medidas contra los burócratas del Estado. El gobierno chavista utiliza el discurso izquierdista y otorga algunas concesiones para mantener controlada a la población trabajadora y evitar la revolución.

Chávez contra la democracia socialista

Una vez más, con su reconocida audacia, el Presidente Hugo Chávez puso a prueba su liderazgo político y logró impactar a vastos sectores de la clase trabajadora y la pequeña burguesía. Utilizó el 1º de Mayo -fecha cara a los sentimientos y tradiciones populares- para anunciar un nuevo paso en el proyecto de nacionalizaciones y el lanzamiento de un partido único para controlar la marea revolucionaria.

En cuanto a las nacionalizaciones, diversas corrientes del trotskismo ya destacaron el carácter limitado y formal de las mismas, definiéndolas como un paso tibio en busca del apoyo de la población con el fin de mantenerse en el poder y seguir arbitrando entre ella y una burguesía nacional dividida e impotente, sometida al acoso imperialista desde el exterior.

Nacionalismo burgués o expropiación obrera del imperialismo

Los socialistas revolucionarios no pueden dejar de señalar la falacia que significa presentar las nacionalizaciones realizadas por gobiernos burgueses como si fueran expropiaciones realizadas por gobiernos socialistas en el curso de un plan estratégico con fines de liberación nacional y social.

El marxismo rescata la diferencia entre uno y otro, tomando como referencia el ejemplo de los bolcheviques en 1917, cuando siguieron el método de la expropiación. Los datos aportados demuestran que las nacionalizaciones en Venezuela son esencialmente *compras* negociadas con las propias empresas o *participaciones* de capital en los paquetes accionarios de las mismas. Aceptamos esas definiciones, reivindicando las medidas de expropiación lisa y llana, sin indemnizaciones generosas y bajo control obrero, tanto de la producción como de la gestión administrativa, ejercida democráticamente.

En Venezuela, contrariamente, hasta los propios trabajadores chavistas

chocan a diario con una burocracia estatal o para-estatal corrupta que ejerce un rol hegemónico y totalitario para frenar toda acción o iniciativa de las masas.

Como ha ocurrido con pasadas nacionalizaciones bajo gobernantes *bonapartistas* nacidos de la división en la clase dirigente, los saqueadores imperialistas vuelven a recuperar sus propiedades y retomar con más fuerza la hegemonía perdida después de capitalizarse con el dinero fresco y *blanqueado* de las indemnizaciones.

Los argentinos, como otros pueblos hermanos, pagaron y siguen pagando un alto precio por la falacia de esas *nacionalizaciones*, porque el capitalismo imperialista, tanto más en su fase de *globalización*, opera con sus tentáculos en todos los países dependientes, y cuenta, además, con la ventaja que le da la experiencia adquirida y los medios técnicos acumulados para "resolver" sus ocasionales roces con los gobiernos bonapartistas de turno y manejarse con los líderes populistas que se muestran rebeldes. Las únicas medidas para oponerse a esa maquinaria de opresión son, por eso, la expropiación sin pago y el control obrero democrático a caballo de la organización y movilización popular en la perspectiva del socialismo. Pero medidas de este tipo no pueden esperarse de gobiernos populistas nacidos de la burguesía, por mas roces que tengan con el imperialismo o algunos de sus jefes ocasionales, como Bush.

Es de lamentar que una lección tan importante no haya sido asimilada por muchos honestos revolucionarios que, impresionados por el impacto que esas medidas producen en las masas, dejan a

un lado la tarea de presentarles la única alternativa válida para recorrer con éxito un camino independiente hacia el propio poder de la clase trabajadora, llegando no solo a cederle la conducción estratégica y política, sino a apoyar su reelección. Se justifican diciendo que, dado que la *lucha de clases* no se repite siempre de la misma manera, hay que acomodarse *tácticamente* a las cambiantes circunstancias y condiciones.

En el caso de la Venezuela, esa táctica amenaza transformarse en seguidismo oportunista a Chávez, quien ya mostró el contenido de clase de su política, destinada a lograr para la burguesía nacional una mayor participación en la explotación conjunta y más "equitativa" de la plusvalía, a expensas del nivel de vida no solo del pueblo venezolano, sino de las masas del continente, claudicando el declamado *internacionalismo* de su movimiento bolivariano.

Veamos si no cómo Chávez desaprovecha las cambiantes circunstancias y condiciones de la situación actual.

En lo internacional, la crisis que afecta al imperialismo en general, y al gobierno de Bush en particular (ambos jaqueados por las masas y los movimientos de liberación nacional en Medio Oriente), favorece al chavismo permitiéndole extender el frente antiimperialista para profundizar el proceso revolucionario continental.

En lo militar, hoy ningún ejército imperialista invade o amenaza su territorio, posibilitando que su propio aprovisionamiento técnico en ese terreno se satisfaga normalmente, más allá de los roces diplomáticos que, sin embargo, no le impiden acuerdos y transacciones con gobiernos y menos aún con potencias imperialistas.

En lo interno, Chávez cuenta con un indiscutible apoyo político de los trabajadores venezolanos y una simpatía amplia, aunque expectante, de las masas del continente, ansiosas de un liderazgo político y de acciones coordinadas, todo lo cual configura un balance de fuerzas sociales capaces de impulsar el proceso de liberación nacional y social que recorre a varios países.

Por si faltara algo, debe registrarse también que el petróleo venezolano, símbolo de la bonanza, sigue fluyendo hacia EE.UU. a un buen precio y bajo garantía de suministro.

Ningún otro líder populista gozó de una situación tan propicia. Lejos de aprovecharla, Chávez firma pactos de apoyo a gobiernos sumisos, conciliadores, satélites o pro imperialistas, al precio de desarmar ideológica y políticamente a las masas que los enfrentan en el subcontinente.

A esta política reaccionaria hay que sumarle el uso que hace de la propia burocracia del Estado Bolivariano para poner barreras y controles a las demandas obreras y luchas populares que enfrentan al capitalismo cipayo, sin contar con las acciones represivas de su policía, a expensas de las fuerzas sociales que garantizan la extensión del proceso revolucionario. Deja así al descubierto el contenido real de la retórica "socialista".

Por eso, apoyar al gobierno de Chávez y sus medidas "progresistas" no ayuda a profundizar el enfrentamiento de las masas con el enemigo externo e interno, pero sí, lamentablemente, a desarmar a las masas y crear confianza política en una dirección burguesa que, en los hechos, obstruye el camino hacia una acción revolucionaria de las masas en lucha, necesitadas ahora, mas que

nunca, de una herramienta partidaria propia.

Consideramos que el llamado *voto crítico* para la reelección de Chavez, es una *táctica* equivocada. La necesidad de no separarse de las masas no significa capitularles en sus falsas ilusiones e ideologías. Recordemos que nuestra corriente siempre trató de acompañar a las masas en sus enfrentamientos al régimen, pero encabezando sus luchas concretas y educándolas en el clasismo. Con limitaciones, errores y desviaciones, el trotskismo *morenista* jamás dejó de denunciar a Perón ante las organizaciones combativas del activismo obrero peronista, porque eran un factor eficiente, aun políticamente confundidas, ya que se agrupaban y movilizaban de manera autónoma posibilitando una salida independiente de la clase obrera, más allá de formalidades superestructurales en el uso de símbolos partidarios.

En Venezuela, el voto a Chávez y sus medidas *progresivas* merece ser evaluado con espíritu muy crítico, porque no parece responder a una exigencia del activismo organizado independientemente, para enfrentar a la burocracia con acciones concretas, sino al peso electoral de las masas confundidas ideológicamente, de cuyas ilusiones sí es necesario separarse.

Comprendemos que el largo repliegue del proletariado como sujeto principal del protagonismo histórico, a causa de las traiciones de que fue objeto y a su reemplazo por los elementos mas radicalizados de la pequeña burguesía, haya dado lugar a tácticas políticas y métodos ajenos a los tradicionales en la conquista del liderazgo revolucionario.

Pero, advertidos de ese peligro desviacionista, tratamos de orientar la

política y la táctica en función de los objetivos históricos del *proletariado y sus sectores mas concentrados y peor pagos*, según lo reclamaba nuestra corriente en su primera tesis de construcción del partido. Por esa razón, alertamos contra las nuevas categorías sociales que pesan hoy sobre las direcciones revolucionarias y, en muchos casos, llegan a proveerlas de las tácticas y métodos *alternativos* de la democracia burguesa.

Democracia socialista o dictadura burocrática

Los luchadores antiimperialistas tienen ahora que responder a un nuevo desafío lanzado por Chávez, como es el *partido único* de la burocracia bolivariana a través del Partido Socialista Unificado Venezolano (PSUV).

Resulta insuficiente y confusa la respuesta de sectores de la izquierda latinoamericana a este autoritario llamado de Chávez, a pesar de que algunas corrientes muy representativas del trotskismo, como el PRS, partido hermano de Venezuela, anunciaron que no se sumarán a él.

Los dirigentes revolucionarios que fueron capaces de construir la Unión Nacional de Trabajadores (UNT) de Venezuela luchando contra la burocracia sindical, así como la corriente combativa (C-CURA) contra el oficialismo y el embrión de partido revolucionario (PRS) contra el sistema, con esta respuesta solo cumplen formalmente con el principio trotskista de declararse independientes organizativa y políticamente. No podía esperarse menos ante

una propuesta de franco carácter burocrático, totalitario y anti socialista, enmarcada además en un conjunto de otros hechos definidos por los propios compañeros como de carácter reaccionario producidos por el Gobierno, todos destinados a controlar y contener las luchas obreras y populares.

Es imperioso desenmascarar ante el activismo político y el conjunto de la clase obrera el carácter antidemocrático y totalitario del proyecto chavista, partiendo no solo de los principios socialistas, sino también de las necesidades prácticas de la lucha de clases.

Hay que hacerlo en nombre de las bases obreras y de todos los luchadores que necesitan utilizar la democracia socialista para dar continuidad al movimiento revolucionario hasta alcanzar sus objetivos de liberación social y nacional. Esa es la única táctica coherente para esclarecer a las masas y orientar políticamente a su vanguardia con el fin de sumarla a una estrategia revolucionaria para conquistar el poder. O sea, todo lo contrario de invitar a los trabajadores a votar por la reelección de Chávez en los próximos comicios y a lavarse las manos ante su intento de controlar las expresiones de protesta en el seno del movimiento revolucionario mediante un partido único.

No se trata de negar, por principio, ninguna táctica, sino de ubicar cada una en la estrategia de la clase revolucionaria que combate a la clase enemiga. Una cosa es la *unidad de acción* con las bases, aún confundidas, y otra la capitulación organizativa y el seguidismo político a sus dirigentes en contra de esas bases. Contra el viejo sectarismo stalinista del "tercer período", que negaba toda unidad con las bases si antes no rompían

con sus dirigentes reconocidos, advertimos que contra ese peligro y sus diversas variantes, solo cabe ligarse estrechamente a los trabajadores encabezando sus luchas... "*con sus dirigentes a la cabeza... o con la cabeza de sus dirigentes*", como alguna vez tuvimos que aceptar...

La tarea es difícil y peligrosa, porque implica hacer concesiones al atraso político de las bases. Pero es necesaria en aras del objetivo fundamental de conquistar su liderazgo para disputar el Poder, un objetivo que no se consigue haciendo solo propaganda con declaraciones de principios. Hay que poner en acción a la clase, moviéndola aunque sea un centímetro.

Es necesario explicar que las nacionalizaciones y el partido único obedecen a la necesidad de Chávez de conseguir el apoyo popular para afianzarse como árbitro entre las masas y el imperialismo, sin dejar por ello de reafirmarse como *gobierno burgués* y fortalecer el aparato del Estado, cuyo fin es controlar los movimientos de masas e impedir todo desborde social contra el sistema capitalista. Ese es el *cómo* y el *para qué* de sus proyectos de nacionalizaciones y su propuesta de partido único.

Con estas consideraciones, seguimos fraternalmente y con mucha atención la experiencia de los compañeros venezolanos, en la esperanza de que sepan constituirse en polo de atracción revolucionaria para ofrecer a las masas una alternativa socialista al nacionalismo burgués de Chávez.

CHAVEZ LANZA EL PARTIDO UNICO (PSUV)



26 JULIO, 2007

Chávez ante la multitud llama a afiliarse al nuevo PSUV.

El temor a que la movilización popular tome un verdadero curso socialista contra la propiedad privada, motivó a Chávez para montar un partido de contención.

La izquierda ante el partido único chavista

Hugo Chávez pretende encuadrar a sus seguidores en un partido único, bajo la denominación de PSUV (Partido Socialista Único de Venezuela). El proyecto ha desatado un arduo debate en la izquierda revolucionaria, más precisamente en el seno del PRS (Partido de la Revolución Socialista), donde se adoptaron dos conductas políticas distintas. Una de ellas es la encabezada por el conocido dirigente trotskista Orlando Chirino, quien decidió no disolverse como organización independiente, ni

incorporarse al nuevo partido oficialista. Por el contrario, otro grupo de compañeros, entre los que se destaca Stalin Pérez Borges, resolvió sumarse al partido único lanzado por el presidente venezolano.

Curiosamente, posturas políticas tan diversas, si no antagónicas, se tomaron en un marco de discusión democrática y fraternal, respetando las evaluaciones de cada uno y comprometiéndose, por encima de las diferencias, *"a mantener y defender a toda costa la unidad de nuestra corriente clasista al interior de la UNT, para seguir dando juntos la pelea por la Central y su autonomía e independencia política, así como por la realización de elecciones democráticas en su seno... como bases fundamentales en la defensa de los derechos de los trabajadores que vienen siendo violados sistemáticamente por patronos públicos y privados"*. La declaración compromete también la defensa común de los principios y objetivos programáticos de la C-CURA (Corriente Clasista Unitaria Revolucionaria y Autónoma).

Desde Opinión Socialista, seguimos con mucha atención la experiencia que están haciendo los compañeros venezolanos con el propósito de constituirse en factores eficientes del proceso revolucionario para impulsar una estrategia de poder obrero, dado que, en última instancia, esa es la tarea que distingue a los dirigentes trotskistas de todos aquellos que se conforman con liderar pequeñas sectas sin influencia en la masa empobrecida. Pero, al mismo tiempo, no podemos dejar de preocuparnos por la conducta política de los compañeros del PRS, ya que la misma se mostró confusa y preanunciadora de un curso centrista de seguidismo y capitula-

ción al gobierno chavista.

Ahora este curso se sincera consigo mismo, expresándose más claramente ante la necesidad de responder con una política concreta a las urgencias de un gobierno burgués nacionalista, de naturaleza bonapartista, urgido por sus necesidades de aparato, no dejando otra escapatoria a los *propagandistas del socialismo* que la de abandonar su estrategia de clase.

En abono de estas apreciaciones, tomamos los conceptos vertidos por el propio Orlando Chirino respecto del Presidente Chávez: *"Estoy seguro que desde tiempo atrás venía madurando la idea de un partido unificado, porque percibía el profundo descontento que la población tenía hacia las cúpulas de los partidos que le apoyaban. Creo que los pobres resultados de las elecciones de diputados para conformar la Asamblea Nacional, fueron el alerta roja que llevaron al Presidente a promover un remezón en esas estructuras... pisando el acelerador para intentar ensamblar una nueva organización política nacional"*, o sea, el partido único (PSUV).

Nótese que Chirino, después de remarcar los últimos y limitados resultados electorales, en los que no se consiguieron los 10 millones de votos pretendidos por Chávez, remata diciendo que *"...esta decisión presidencial es el resultado directo de la presión popular que no quiere más imposiciones de los cogollos de los partidos del Bloque del Cambio"*.

Con semejante análisis, el camarada Chirino parece justificar a los compañeros dirigentes del PRS y la UNT C-CURA que se incorporaron al partido único, evaluando que la decisión de Chávez respondió *"al clamor popular"* que

reclamaba un enfrentamiento contra las burocracias políticas y sindicales para favorecer los reclamos obreros.

O sea que Chirino soslaya algo tan importante como el significado y las razones de Chávez para imponer a sus seguidores la estructura de un partido único, ya que lejos de responder a un requerimiento popular, obedece a las necesidades de represión y contención política de ese descontento en cuanto amenaza al aparato gubernamental, burgués y burocrático, crecientemente hostigado por la población a pesar de la demagogia. Si no fuera así, como todo parece indicarlo, el proyecto de partido único tendría un sentido progresivo (aunque muy discutible) porque, al menos, serviría para cohesionar bajo una sola estructura partidaria a los antiimperialistas y socialistas y hacer más efectiva sus luchas.

Si esta última evaluación fuera la correcta, Stalin Pérez Borges y sus compañeros estarían sirviendo, de alguna manera, a un objetivo revolucionario, aunque formalmente dejaran a un lado el principio básico de los trotskistas que consiste en mantener la total independencia política y organizativa ante un gobierno de la burguesía, que es como unos y otros caracterizan al gobierno de Chávez.

Indudablemente, es un mérito de Chirino mantener la independencia ante Chávez y reafirmar la necesidad del partido socialista revolucionario. Pero, de conjunto, sus propias evaluaciones políticas sobre el gobierno y la situación real, debilitan a la corriente socialista, porque siembran expectativas en la otra alternativa, y le ceden a los compañeros "unificados" un rol experimental legítimo que no tienen.

Ante un desafío de esta naturaleza, la responsabilidad de un dirigente como Chirino no queda a salvo por más que él mismo afirme claramente que "*El PSUV no es un partido de los trabajadores ni para profundizar la revolución*".

La historia ya mostró la impotencia del bonapartismo burgués, incidentalmente enfrentado con el imperialismo por el reparto de la renta nacional, por más que levante banderas nacionalistas y, aún, socialistas. Mucho más cuando este bonapartismo es "tardío" y llega a la escena cuando ya el capitalismo globalizado agotó sus posibilidades de desarrollo y demagogia social.

Tanto Trotsky como Moreno nos han advertido contra los peligros de la retórica socialista utilizada para encubrir procesos desviacionistas de adaptación o capitulación a los gobiernos de la clase enemiga. Por eso, distinguimos entre lo que los líderes carismáticos acostumbran *decir*, de lo que realmente *hacen*. En el caso de Chávez, recordamos estos consejos para orientar nuestra conducta y táctica política, partiendo de los hechos y no de las palabras.

No negamos que el enfrentamiento de Chávez con el imperialismo sea real, pero no es el antagonismo de una clase contra otra clase respecto al mantenimiento o no del sistema capitalista y ni siquiera del status semicolonial del país. Es solamente un fuerte "roce" entre las clases dirigentes por el reparto mas consensuado de los beneficios que deja la explotación del proletariado. Aún así, los revolucionarios debemos tener claro de qué lado y cómo hay que ubicarse para orientar a las masas y profundizar el proceso revolucionario que está recorriendo el continente.

El gobierno de Chávez, incapaz de

abrir una nueva era de acumulación capitalista, se ve obligado a negociar su participación entre dos fuertes presiones de clase. Por un lado, las masas descontentas y, por el otro lado, las empresas multinacionales. Es esta la causa de su enfrentamiento con el gobierno de EE.UU. y de su retórica "socialista", así como del carácter limitado de las "nacionalizaciones" y los contradictorios gestos de *integración regional* por vía del Mercosur y el Alba.

Este es el tipo de "internacionalismo bolivariano", impotente y declamatorio, que choca a cada paso con el carácter burgués de su propio gobierno, sin contar con que los otros aliados del subcontinente tienen, a su vez, la misma limitación de clase.

Muy lejos de apoyar a Chávez, a su reelección y a su proyecto bolivariano, es una obligación irrenunciable de los socialistas revolucionarios denunciar ese carácter y esa impotencia, más allá de cualquier táctica de unidad de acción que se adopte para enfrentar juntos al enemigo común, toda vez que se trate de defender el nivel de vida de las masas y la independencia y soberanía del país.

En lo que hace a la política interior y laboral ante los trabajadores venezolanos, el surgimiento de la UNT y su ala clasista, C-CURA, ha desatado un ataque directo por parte del gobierno a la independencia sindical y del movimiento obrero. Chávez promociona, cada vez más, a los burócratas obreros y funcionarios de la empresa petrolera que apoyaron el Golpe proimperialista.

La "colaboración de clases" es la doctrina oficial que se impulsa a través de los "Consejos Laborales", con el fin de desplazar a los activistas y organismos combativos, tratando de quitar protago-

nismo social, no sólo a los sindicatos independientes, sino también a las organizaciones populares y campesinas. El Gobierno utiliza el presupuesto del Estado como medio de presión económica para neutralizarlos socialmente.

Este es el cuadro de situación entre los que *luchan* y los que *frenan*. Y ello explica por qué las empresas multinacionales terminaron finalmente por aceptar no sin protestas para la tribuna - las condiciones impuestas por la "nacionalización" con indemnización, ya que, en los hechos, fueron compradas a buen precio por el gobierno, quedando, ahora, al amparo del Estado frente al peligro de las expropiaciones sin pago que las masas empezaban a reclamar.

No debe olvidarse, tampoco, que la inflación arrasa con el nivel de vida de los trabajadores, anulando los precarios topes salariales que Chávez pactó con las empresas sin siquiera consultar a las organizaciones sindicales.

Una referencia especial merece la política del gobierno y de los revolucionarios ante las libertades democráticas, puesta de manifiesto en el caso de la RCTV, cuya licencia no renovada significó la desaparición del aire de uno de los más importantes medios televisivos. Nos preguntamos por qué razón la medida contó con la aprobación, explícita y fundamentada, tanto del sector de Orlando Chirino como del de Stalin Pérez Borges.

Leemos, y volvemos a leer, a los compañeros dirigentes del PRS sobre los incontestables hechos denunciados acerca de los métodos cada vez más represivos, burocráticos y antiobreros, utilizados por Chávez para restar fuerza y medios a la creciente protesta popular. Registramos esos hechos, que constitu-

yen todo una ofensiva contra la UNT, la C-CURA y las movilizaciones campesinas independientes, y no llegamos a entender por qué los dirigentes del PRS apoyan la medida de corte totalitario y discriminatorio del gobierno burgués, con el fin de impedir la crítica y la oposición de otros sectores de la misma burguesía.

¿Olvidamos, acaso, que las libertades democráticas son una conquista de la revolución burguesa, que puede y debe ser utilizada por los socialistas hasta tanto la dictadura del proletariado no las sustituya por la única democracia verdadera, que es la socialista? ¿Desde cuándo le reconocemos a un gobierno burgués el derecho de decidir quiénes pueden y quiénes no pueden, dentro de su sistema, opinar por los medios de difusión? ¿Acaso nuestro movimiento trotskista le reconoció a Perón el derecho de suprimir el diario "La Prensa" y "La Nueva Provincia", para darle al diario oficial "Democracia" el monopolio de la información?

No decimos que los dos casos sean iguales, y que un partido revolucionario deba ajustarse siempre a determinadas normas de manual o principios absolutos en cuanto a la defensa de las libertades democráticas.

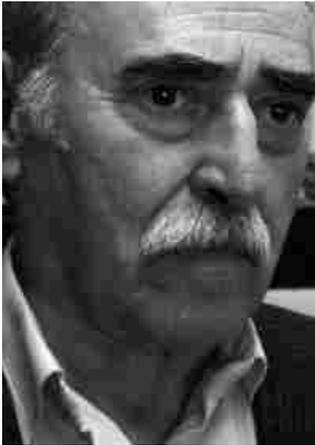
Pero de ahí al apoyo entusiasta a la reelección de Chávez y a la campaña por los 10 millones de votos, posiciones que marcaron el perfil político de ambas tendencias ante las masas, hay mucha distancia. Rechazamos ese apoyo directo e indirecto a un gobierno burgués en plena ofensiva totalitaria contra las libertades y derechos democráticos, así como también sus ataques al PRS y sus dirigentes, motivado por el temor de ver crecer las protestas y la

necesidad de frenar el descontento popular.

También en esta cuestión, "hacer política" exige algo más que propagandizar "*propuestas por la izquierda*", como hace la declaración de apoyo del PRS, al exigir la extensión de la medida al resto de los medios de comunicación que están en manos de las grandes empresas.

Hubiera sido mucho más revolucionario exigir al gobierno burgués el mayor respeto por las libertades democráticas, para que el activismo, ahora perseguido, pudiera utilizarlas para organizarse mejor y desalojar del poder a los burócratas que frenan su movilización independiente.

Finalmente, ratificamos, una vez más, nuestra firme determinación de acompañar a las masas venezolanas en su lucha contra el imperialismo, y también contra su burguesía nacional, aun cuando ellas crean y confíen en Chávez, lo cual no equivale a que nosotros le digamos que deben creer y confiar en él.



Con sesenta años de actividad en el movimiento socialista revolucionario, Horacio Lagar expone sus observaciones del nuevo fenómeno que recorre el continente latinoamericano: el surgimiento de líderes populistas al frente de gobiernos burgueses.

En los años cuarenta, Lagar dejó la Universidad Nacional de La Plata, donde fue dirigente de su Federación de Estudiantes, para incorporarse como obrero en los frigoríficos de Avellaneda. Junto a Nahuel Moreno y otros socialistas fundaron la principal corriente trotskista en la Argentina, a la que representó en Congresos de Europa y América Latina.

A los 80 años, después de acompañar las grandes luchas obreras, democráticas y de liberación nacional que le tocó afrontar a su generación, declara seguir comprometido con la misma tarea en su condición actual de miembro de "Opinión Socialista", integrante junto con Raúl Castells y otros dirigentes y organizaciones del Frente de los Trabajadores y el Pueblo.

OTROS ESCRITOS

- ➔ La cuestión negra: discriminación racial en los Estados Unidos.
- ➔ Maastricht: medicina socialdemócrata para una enfermedad incurable llamada capitalismo.
- ➔ 1989, la crisis del Movimiento Al Socialismo (MAS):
 1. Minutas satánicas.
 2. La oportunidad perdida.
- ➔ El orador revolucionario.
- ➔ Testimonios de la primera década: la corriente trotskista en Argentina.
- ➔ Luis Franco: el poeta del porvenir.
- ➔ Che Guevara: mito y vigencia.
- ➔ La visita del Papa a Cuba: el camino cubano al capitalismo.
- ➔ Hablando de marxismo (coleccion):
 1. Filosofía y marxismo.
 2. La teoría de la revolución permanente.
 3. Por qué y para qué el Programa de Transición de la IV Internacional.
- ➔ Marxismo y burocracia.
- ➔ El imperialismo hoy.
- ➔ Raúl Castells: quién es, qué hace, qué quiere. El otro juicio.

opinión*socialista*
E D I C I O N E S